LA NIÑA DE LA BOLA

COMEDIA EN TRES ACTOS DE

LEANDRO NAVARRO



LA FARSA

50 CÉNTS.

Cubierta

de

este

número:

Socorrito González,

María Pujó

y

Manuel Perales,

en

una

escena

de

La niña de la bola

LA NIÑA DE LA BOLA



LEANDRO NAVARRO

LA NIÑA DE LA BOLA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA
ORIGINAL

Estrenada en el Teatro de la Zarzuela, de Madrid,
el 18 de Julio de 1931.

DIBUJOS DE
ANTONIO MERLO



AÑO V || 19 DE SEPTIEMBRE DE 1931 || NÚM. 210
MADRID



DEDICATORIA

A Joaquín García León y a Manuel Perales, con el afecto y la gratitud que se merecen como amigos y como artistas.

LEANDRO NAVARRO

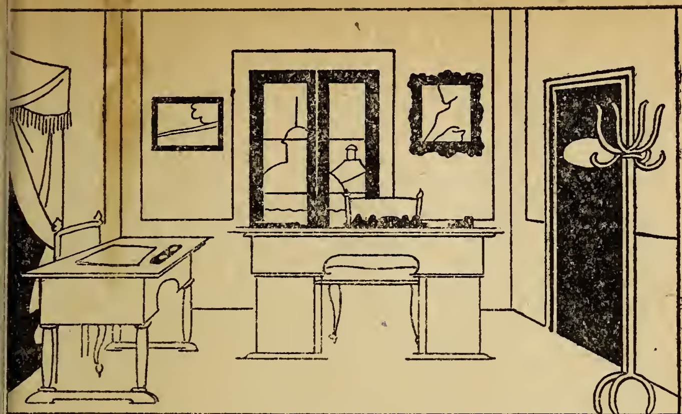
REPARTO

PERSONAJES	INTERPRETES
Rosario	María Pujó.
Mercedes	Socorrito González.
Almudena	Luisa Fernaní.
Charito	Laura Alcoriza.
Emiliano	Manuel Perales.
Alarcón	Joaquín García León.
Jaime	Tino Rodríguez.
Espinosa	Juan Calvo.
Carlos	Antonio Gandía

Decorado, el mismo los tres actos.

La acción en Madrid. Epoca actual. Derecha e izquierda, la del actor.

ACTO PRIMERO



a escena representa el despacho de don Emiliano. Habitación conforta-le a la antigua usanza; mesa de despacho, butacones; otra mesa donde rabaja García Alarcón (secretario de don Emiliano), teléfono, máquina le escribir, ficheros, etc., cuadros, cortinajes de hace veintitantos años; ámpara pasada de moda y detalles de buena posición y mal gusto; las paredes empapeladas con papel rameado, cristalera al foro, y tras ella, as cúpulas de una iglesia de barrios bajos, puertas primero y segundo érminos derecha e izquierda. Otra puerta chaflán foro, con cristalera, donde se leerá: "Despacho".

(En escena, al levantarse el telón, GARCIA ALARCON que en-ra acompañado de ESPINOSA (hombre de negocios). García Alarcón lleva un abrigo viejo, subido el cuello, unas botas suizas y un flexible grasiento. Espinosa viste con mal gusto, pero muy recompuesto.)

ALARCON.—Pase, pase usted y siéntese; don Emiliano no tar-dará en venir. ¡Vaya una mañanita!

ESPINOSA.—Un frío que pela; aquí da gusto estar. ¡Buena emperatura!

ALARCON.—Don Emiliano es quien quiere...; vive bien; ni pe-ifollos ni tonterías, pero bien; buena calefacción, mejores comidas, que no dejan de dar calorías, vinos generosos...

ESPINOSA.—¿Generosos?

ALARCON.—¡Hombre, y tan generosos! Yo los bebo gratis. si usted quiere usted también.

(*Saca de un armario una botella y dos vasos y le ofrece.*)

ESPINOSA.—¡Usted es el amo! (*Bebiendo.*)

ALARCON.—¡El secretario nada más!

ESPINOSA.—Poseer los secretos de don Emiliano ya es s mucho!

ALARCON.—Gozo de su confianza porque me lo merezco. Au que sea una inmodestia, don Emiliano puede confiar en mí

ESPINOSA.—Y que lo diga... Si usted quisiera se hacía ust de oro, yo no tendría inconveniente en ofrecerle un tanto p ciento en las ventas, a condición...

ALARCON.—¿A condición de que le traicionase? Renuncio tanto por ciento; soy soltero y no tengo grandes necesidade permítame usted que practique el lujo de ser un hombre d bien...

ESPINOSA.—¿Le guarda usted fidelidad al jefe?

ALARCON.—Al amigo, a su estufa, a sus vinos, a...

ESPINOSA.—¿Su señora?

ALARCON.—Eso, es ella quien se hace respetar. Doña Rosari es una santa...

ESPINOSA.—¡Quién pudiera rodearse de gentes como uste que son fieles, leales a los suyos! ¡De esto ya quedan pocos!

ALARCON. — Y de los patronos como el mío, menos aún. E veinte años que le sirvo no he tenido nunca queja de él. Tr bajando en esta casa fuí perdiendo a mis padres, a mis he manos después; perdí la juventud y hoy... vivo solo. Espin sa, de patrona y sin más afecto verdadero que el de est amigos que son mis jefes, mis amos..., mi familia, si uste quiere.

ESPINOSA.—¿Y le guardan consideraciones?

ALARCON.—¡Digo!... Llega un domingo y a don Emiliano le falt tiempo para venir a buscarme; y juntos a los toros, al café. teatro, y luego a cenar en su casa. Si alguna vez estuve enferm nada me faltó; si un día dejo de venir al despacho, ni pregur tar por qué. ¡No le extrañe a usted que les tenga aquel y alg más, que para mí lo son todo!...

ESPINOSA.—¿Y cómo es posible que don Emiliano, que llev fama de ser un hombre sin escrúpulos... ¿y de esto no me qu rrá usted discutir?...

ALARCON.—Yo no discuto nada.

ESPINOSA.—¿Cómo es posible que ese hombre que vive de es pecular con los pobres obreros, con los abastecedores, con t

os los que le rodean sin mirar más que su conveniencia, sea ara los suyos un hombre bueno y cariñoso?

ALARCON.—Pues lo es.

ESPINOSA.—¡Debe tener millones!

ALARCON.—El siempre vivió bien...; no carece de nada; pero modestamente, eso sí, sin salir de su paso...

ESPINOSA.—Yo le calculo los dos millones largos.

ALARCON.—Yo que estuve siempre a su lado, no me atrevería calcularlo. Unos dicen que más, otros dicen que menos.

ESPINOSA.—¿Y usted cree que lo mío?

ALARCON.—El me habló anoche de ello. De las cincuenta mil pesetas no pasa. El material está muy averiado.

ESPINOSA.—¡Son cincuenta vagones! Valen más de cien mil pesetas.

ALARCON.—Si usted lo cree no los dé usted por menos.

ESPINOSA.—¿Pero él?...

ALARCON.—Para él no valen las cincuenta mil.

ESPINOSA.—¿Y usted cree?

ALARCON.—Yo llevo veinte años pensando como él de ocho a dos y de cuatro a siete de la tarde.

ESPINOSA.—¿Y en las horas extraordinarias?

ALARCON.—Me paga doble sueldo, y mis creencias se fortalecen por duplicado.

ESPINOSA.—No puedo con usted.

ALARCON.—Peso cincuenta kilos.

ESPINOSA.—¡Si usted quisiera, amigo! Nos fardábamos juntos.

ALARCON.—El fardaje no me atrae; prefiero el tendido del uno. ¡Yo soy un hombre honrado!; se lo digo por segunda vez. ¿Usted sabe lo que esto significa? Aquí, en este despacho, esto significa ser el más grande... Esto significa cargarse en puertas al propio don Emiliano. Es mi único galardón; pero me da un empaque ¡que, bueno, no lo doy yo ni por cincuenta mil duros!...

CHARITO.—(*Entrando. Chulilla madrileña de unos veinte años.*) Pero que muy buenas.

ALARCON.—Buenos días, preciosa.

ESPINOSA.—Salud, niña.

CHARITO.—¿No está don Emiliano?

ALARCON.—Todavía no ha salido al despacho. Estará desayunando.

CHARITO.—¡Mira no se le atraganten el chocolate y los buñuelos!

ESPINOSA.—Estás tú muy enterada de lo que desayuna el prócer!

CHARITO.—A mí con segundas no. Y a lo que vengo. Le dice usted que he venido en representacion de mi hermano. Que lo de Almería llegará un día de estos; pero que a menos de sesenta pesetas los cien kilos, ni hablar. ¿Entendido? Que él no puede venir porque está en cama con un enfriamiento.

ESPINOSA.—¿Con un enfriamiento y le vi anoche en el Pelikan con un par de supertanguistas?

CHARITO.—¡Allá penas! No estaría usted muy lejos; y él al fin y al cabo está en la edad, pero usted, sopitas y buen vino. Una vueltecita por "los Melancólicos" a la hora del sol... y luego... al braserito, amigo; al braserito y a engañar al que se deje.

ESPINOSA.—¿Qué quieres tú decir, descarada?

CHARITO.—¡Que llueve sobre mojado! ¡Que las faenitas se pagan! Que mi hermano le ha cedido a usted muchos negocios muy lucrativos y que usted es un vivales; pero que se le ve de lejos sin amplificador visual. ¿Estamos?

ESPINOSA.—Estamos pero que muy equivocados, Charito. ¡Yo no me meto nunca en terreno sembrao! ¿Te enteras?

CHARITO.—To el terreno que yo pise debe usted respetarlo

ESPINOSA.—Conformes en eso... porque todo lo que tú pisas está sembrao de flores.

CHARITO.—No se ponga usted cursi, Espinosa, que la literatura no es su flaco.

ALARCON.—¡Esta muchacha vale un mundo!

ESPINOSA.—¡No será para tanto!

CHARITO.—¿Conque le dirá usted a don Emiliano?...

ALARCON.—Que tu hermano está enfermo y que lo de Almería está al llegar.

(Entra DON EMILIANO, hombre de cincuenta y cinco años. Viste bien, pero anticuado; sencillo, pero artesano; limpio, pero sin preocupación. Peina para adelante con tupé; lleva bigote con guías muy rizadas, corbata hecha, camisa planchada de cuello vuelto alto, botas de elásticos muy limpias, alfiler de corbata, cadena gruesa de oro en el chaleco; dos solitarios en los meñiques y su chispita de nicotina en los pelos canosos del bigote. Sonriente y feliz se acerca a Charito y Espinosa.)

DON EMILIANO.—¡Hola, Charito! ¿Y tu hermano?

CHARITO.—Está enfermo.

DON EMILIANO.—¡Vaya por Dios! ¿Juerguitis crónica?

CHARITO.—Don Emiliano...

DON EMILIANO.—¡Ese muchacho acabará perdiendo mi casa!

CHARITO.—¡Lo de Almería está hecho!

DON EMILIANO.—Más vale así. ¿Y tú que quieres, Espinosa?

ESPINOSA.—Saber cuánto paga por los vagones.

DON EMILIANO.—(*Indiferente.*) No me interesan ya...

ESPINOSA.—(*Muy extrañado.*) ¿Cómo?

CHARITO.—Bueno, ¿quedamos?...

DON EMILIANO.—(*Confidencial a ella.*) Quedamos en que estás más bonita que nunca. ¿Quieres que almorcemos juntos en un merendero de los Cuatro Caminos? Hace un día hermosísimo.

CHARITO.—¡Don Emiliano!

DON EMILIANO.—¡Allí ultimamos lo de Almería!

CHARITO.—¡Don Emiliano!

DON EMILIANO.—Anda, anda, vete. Dile al gandul, al sinvergüenza de tu hermano que mande eso en seguida y que espabile para la próxima, que lo que me sobran son corredores con más ganas que él de ganar dinero.

CHARITO.—¿Entonces?

DON EMILIANO.—(*Acompañándola.*) El día que te decidas te haces de oro.

CHARITO.—¡Ya sabe usted que eso, la hija de mi madre! (*Sale.*)

DON EMILIANO.—(*Aparte.*) La hija de tu madre no sé... ¡Tu madre!... ¡Se me ha olvidado ya! Hace ya tantos años.

ESPINOSA.—(*Impaciente.*) Me ha dicho usted que no le interesa ya...

DON EMILIANO.—Sí, en efecto; esta mañana me han remitido lo que esperaba; me hice cargo anoche de otra expedición. Lo siento, Espinosa.

ESPINOSA.—¡Pero don Emiliano!

DON EMILIANO.—No es para desesperar... ¡Otra vez será! (*Dando por hecho que no le interesa.*)

ESPINOSA.—¡Parece mentira que diga usted eso! Sabe usted que es mi ruina; adelanté el dinero; los vagones están al llegar, y esa mercancía a nadie puede interesarle como a usted. ¡Si yo hubiese sabido!

DON EMILIANO.—Yo nunca te di una palabra...

ESPINOSA.—Pero todos me aconsejaron...; usted siempre compró en estas condiciones.

DON EMILIANO.—¿Y qué culpa tengo yo de que te dejes aconsejar?

ESPINOSA.—Si usted me hablase lealmente. Algún valor tendrá para usted.

DON EMILIANO.—Por no perjudicarte, te daré treinta mil pe-

setas por todo, que es aproximadamente lo que a ti te puede costar...

ESPINOOSA.—¡Primero lo quemo todo!

DON EMILIANO.—¡Cara te va a salir la fogata!... Voy al almacén. Hasta luego... Si viene alguien que me espere. Antes de una hora regreso... Adiós, Espinosa..., y otra vez no te precipites.

ESPINOSA.—Pero si usted ha pagado a sesenta y a setenta y cinco mil pesetas lo que hoy le ofrezco yo. ¿Es que conmigo se va a estrellar?

DON EMILIANO.—No, hijito, no; es que no me interesa. Los negocios son así. Cuestión de oportunidad.

ESPINOSA.—Se lo doy a usted todo en las cincuenta mil.

DON EMILIANO.—Estás loco, muchacho.

ESPINOSA.—En las cuarenta y nueve mil.

DON EMILIANO.—Dale a este un cheque por valor de ocho mil duros, que se firme eso y que no vuelva por mi despacho en un año.

ESPINOSA.—Don Emiliano, que le juro a usted que pierdo dinero, que esto es trabajar de balde, y más aún... ¡Que esto es!...

DON EMILIANO.—Esto es lo que hay; si lo quieres, lo tomas; y si no ya te estás largando de aquí, y a negociar con otra cosa...

ESPINOSA.—Está bien. Sea por esta vez en las cuarenta y siete mil quinientas...

DON EMILIANO.—Este gachó es un pelmazo...

ALARCON.—¿Qué hago, don Emiliano?...

DON EMILIANO.—Dale nueve mil duros. Pero a condición de que te firme otra venta en exactas condiciones. Voy a despachar la correspondencia que ayer dejé sin abrir. (*Se pone a leer mientras los otros dos extienden recibos, etc.*)

ESPINOSA.—Esto es un abuso.

ALARCON.—No nos metamos en discusiones.

ESPINOSA.—Esto me cuesta a mí los cuartos.

DON EMILIANO.—(*Leyendo.*) ¡Vaya por Dios! ¿No sabes quién ha muerto?

ALARCON.—No, señor...

DON EMILIANO.—Monleón... Eduardo Monleón...

ALARCON.—¿Su socio de usted?

DON EMILIANO.—Mi socio, mi amigo; ¡pobre Eduardo!

ALARCON.—¿Quién le da la noticia?

DON EMILIANO.—Una carta de su hija. Ha desembarcado en Cádiz. Me anuncia su llegada.

ALARCON.—¿Merceditas?

Don Emiliano.—Merceditas, que ya es una mujer hecha y derecha.

Alarcon.—¡Hace ya más de diez y ocho años!...

Don Emiliano.—Pues tendrá Merceditas sus buenos veintisiete...

Alarcon.—¿Y de qué ha muerto?

Don Emiliano.—¡Vencido por la vida! No le probaba el clima; mucho trabajo, poca suerte en los negocios! ¡Miseria!... Yo le escribí muchas veces invitándole a que viniese aquí; él no quiso volver de empleado mio después de haber sido mi socio... ¡El maldito orgullo!... Ahora la muchacha...

Alarcon.—¿La deja en la calle?...

Don Emiliano.—Aquí tiene siempre su puesto.

Espinosa.—Por lo que se ve, usted es bueno para todo el mundo menos para mí.

Don Emiliano.—No te quejes, que te será peor. El que está a las duras está a las maduras... En la última operación que hicimos te llevaste libres de polvo y paja más de tres mil pesetas.

Espinosa.—Y usted ganó más de sesenta mil.

Don Emiliano.—Para eso arriesgué mi dinero; tú, qué arriesgabas, ¿di?...

Espinosa.—¡Mi crédito, mi palabra!

Don Emiliano.—Tu crédito..., ¡no te fían ni en la tienda!; tu palabra la tienes empeñada.

Espinosa.—Y ahora, aparte de esto, como este asunto no me deja ganancias, quisiera pedirle a usted un favor. Yo quisiera comprar una camioneta y hacer las expediciones por mi cuenta. Si usted me adelantase...

Don Emiliano.—(*En broma.*) ¿Pero qué es lo que pides, que te ponga coche?... Amos, anda...; yo soy un retrógrado... Adelantos, no...

Espinosa.—Pero si esto no es un adelanto; las camionetas están ya muy generalizadas.

Don Emiliano.—Lo que tú me pides es un adelanto, y esto no es el Banco Hipotecario.

Espinosa.—Don Emiliano, que le juro a usted que este dinero lo cojo con una mano y lo pago con otra... Que en casa no tengo ni cinco...

Don Emiliano.—Dale diez duros para café...

Espinosa.—Don Emiliano...

Don Emiliano.—Lárgate ya y no vuelvas...

Espinosa.—Hasta mañana entonces.

Don Emiliano.—Hasta cuando sea. ¡Hay días aciagos!

(*Sale Espinosa.*)

Alarcon.—Usted me dijo anoche que en las cincuenta mil era esto un gran negocio...

Don Emiliano.—Y lo sigo diciendo; y en cinco billetes menos mucho mejor aún... Para ganar dinero, Gumersindo, es preciso apretarles las clavijas a estos truhanes...

Alarcon.—¡Luego le echan a usted mala fama!

Don Emiliano.—Mejor. En los negocios conviene tener fama de tirano, pero no de blando... Dile a Rosario que entre, haz el favor.

Alarcon.—Al momento. (*Sale.*)

Don Emiliano.—(*Solo.*) Ella no se lo espera. (*Saca un estuche.*) La piedra es grande y transparente, buen ejemplar... De empeño darían más de lo que he pagado... Siempre es dinero. Que no renta, pero... que halaga a la parienta.

Rosario.—(*Entrando.*) ¿Me llamabas?...

(*Rosario tiene cuarenta y cinco años, pero representa cincuenta por su modo de vestir a la antigua, por su moño y su recato. Es sencilla, buena, guapa y humilde.*)

Don Emiliano.—Ven acá, mujer. Tengo que hablar contigo.

Rosario.—¿Conmigo, a estas horas?

Don Emiliano.—¿Te extraña?

Rosario.—Nunca tuviste necesidad de llamarme al despacho en horas de oficina.

Don Emiliano.—Pero hoy sí tengo... Ven; quiero que veas los libros... Este mes ha sido el mejor de todos; cerraremos con nueve mil duros de ganancia. ¡Buen año!... Mira, ingresos, gastos, ¿ves?... Tu Emiliano, aquel chaval que tenía más hambre atrasada que un cesante perpetuo... es hoy uno de los hombres que más dinero ganan en Madrid. Dentro de cinco años nos retiramos ricos... ¡y a descansar!... donde tú quieras.

Rosario.—¡Sí que es suerte la tuya!...

Don Emiliano.—Y la tuya, mujer..., que lo que a mí me ocurra te ocurre a ti también... Y ahora..., toma...

Rosario.—¿Qué es esto?

Don Emiliano.—Un pequeño recuerdo...; una sortija... Para esas manos que tanto han trabajado para mí; todavía me parece poco.

Rosario.—¡Emiliano!

DON EMILIANO.—¡Salero!... ¡Mia la señá Rosario qué hueca se pone!

ROSARIO.—Emiliano... Gracias. (*Llora.*)

DON EMILIANO.—¿Pero vas a gimotear? ¡Rosarillo la de Cabes-reros, la hija del tío Litri; y qué espigadita que era la niña..., chavó!, y cómo pasan los años... Yo, por más que quiero hacer nemoria, no logro recordarte talmente como eras. Bonita de veras debías ser pa que yo perdiese los estribos por ti... ¡Bue-no..., y a otra cosa! Esta noche iremos al cine. Digo, si te hace.

ROSARIO.—Donde tú quieras.

DON EMILIANO.—Al Callao, que ponen una película sonora que asi no habla nada y que creo que es muy interesante...

ROSARIO.—¡Qué afición te ha dao por los cines del centro!

DON EMILIANO.—¡Mujer!... Hay que europeizarse. La Gran Vía..., cines perfumados, con buenos asientos, con buena luz... Hay que lucir la sortija donde lo valga. Allí nos conoce el ta-quillero; es el que había antes en Pavón...

ROSARIO.—Donde tú digas vamos.

DON EMILIANO.—Bueno... "A otra chose"... He tenido una no-icia triste. Por fin a ha diñao Monleón.

ROSARIO.—¿Que se ha muerto Eduardo?

DON EMILIANO.—Era de esperar. Estaba pasao. Ahí tienes la arta de su chica... No la leas entera, que tú lloras por todo. Me anuncia su llegada.

ROSARIO.—¿La Merceditas?

DON EMILIANO.—La Merceditas...

ROSARIO.—¿Y qué haremos de ella?

DON EMILIANO.—Todo menos dejarla desamparada.

ROSARIO.—Monleón fué el primer hombre que te ayudó a en-umbrarte...

DON EMILIANO.—¡Ale! ¡Alto allá! ¡Ayudarme, no! Yo he su-bido sólo por mi esfuerzo.

ROSARIO.—Pero...

DON EMILIANO.—Fué mi socio en el primer negocio, fué quien me orientó en este camino y, sobre todo, fué un amigo y un hombre con vergüenza. No consintió mi ayuda, no quiso mi li-mosna...; lo que le haga falta a la muchacha se le dará...; y si está sola en el mundo, aquí estamos nosotros. Y ahora vete pa dentro, que puede venir gente...

ROSARIO.—Emiliano...

DON EMILIANO.—Qué, mujer... ¿Lagrimitas otra vez?

ROSARIO.—No, hombre. A propósito; ya que estoy aquí voy a preguntarte: ¿quieres flan de postre o prefieres piña?

DON EMILIANO.—Ponme hoy las dos cosas. Luego dicen. A ¡ esta mujer me endulza la vida!

ROSARIO.—¿Decías?

DON EMILIANO.—Nada, mujer, que te arregles bien, que te d un buen baño, que pa eso lo tenemos. Que te pongas un tr bonito y que cuentes conmigo pa toda la tarde y pa toda noche.

ROSARIO.—Pero..., ¿a qué se deben tantas excepciones?

DON EMILIANO.—A que hoy..., ¡tú te olvidas de todo!..., ¡h hace treinta años!... ¡Treinta!, ¿te enteras?, que bajando por la Rivera de Curtidores di un tropezón..., ¡maldita sea suerte!...

(Entra por donde Rosario, ALMUDENA, mujer de cuarenta añ frescota y guapetona. Usa mantón alfombrao. Trae un paquet

ALMUDENA.—¿Se puede pasar?

ROSARIO.—Adelante, Almudena.

ALMUDENA.—Salud, Rosario. Hola, señor Emiliano.

DON EMILIANO.—Hola, mujer. ¿En todavía vives?

ALMUDENA.—¿Quie usté que me muera?

DON EMILIANO.—¡Mira que es el colmo! ¡Qué todavía haya el mundo peinadoras al antiguo régimen!

ALMUDENA.—¿Quie usté que me trasforme en coiffeure? ¿Qu usté que le haga la ondulación Marcel o la permanente?

DON EMILIANO.—¡No, mujer..., la permanente no, la perpetu

(En este momento habrá entrado ALARCON, que saluda c la cabeza a Almudena, coloca libros en los estantes y al fin dic

ALARCON.—Es una jamona de lo más suculento que yo conc co... *(Sigue colocando libros y luego en silencio hace mutis p la derecha.)*

DON EMILIANO.—¿Y tu chica?

ALMUDENA.—De manicura la tengo...

DON EMILIANO.—¡Hombre! A propósito, dile que venga a h cerle las manos a ésta.

ROSARIO.—Emiliano...

DON EMILIANO.—Me parece a mí... que el caso lo merece... *(*
enseña la mano de Rosario a Almudena.)

ALMUDENA.—Qué sortija tan linda, ésta no la conocía yo.

ROSARIO.—Me la ha regalado Emiliano hace un momento.

ALMUDENA.—¡Vaya!... Pues por muchos años... y salud pa disfrutarla.

DON EMILIANO.—Hala... dejarme trabajar. No te olvides

ndarme a tu chica pa que la haga las uñas. Y que entre an-
aquí... Pa verla...

Rosario.—Hasta luego, hasta luego.

Almudena.—Cumpliré sus encargos. (*Salen.*)

Carlitos.—(*Entrando. Veinticinco años, bien vestido, chulito desenfadado. Sobrino de Emiliano.*) ¿Hay licencia?

Don Emiliano.—Adelante...

Carlitos.—Felices.

Don Emiliano.—Hola, muchacho... ¿Ya estás de regreso?... ntate..., siéntate.

Carlitos.—No me va a ser posible. Tengo el tiempo contado, venido como vulgarmente se dice para hacer acto de pre-
ncia.

Don Emiliano.—¡Ya estás tú bueno! Muy elegante andas.

Carlitos.—Hay que cuidar de la fachada. El porvenir está en
o...

Don Emiliano.—¿Trabajas mucho? ¿Me hiciste algo de lo que blamos?

Carlitos.—Poco... pero no tan poco. ¡He pasado quince días París que pa qué! ¡Qué cabarates, qué gachises y qué buen sto en too!... Este traje es de allí, de la rue de Lafayette. ta corbata es de allí... Y ésta también de allí... (*Le da un quete envuelto en papel de seda.*)

Don Emiliano.—¡Hombre!... no haberte molestado.

Carlitos.—Que tengo yo gusto en que mi tío se elegantice, y le traigo un terno porque desconozco las medidas.

Don Emiliano.—Pues gracias, hombre, pero no haberte mo-
stao.

Carlitos.—No merece la pena.

Don Emiliano.—(*Desenvuelve el paquete y contempla la cor-
ita.*) ¿No te parece un poco atrevida para mis años?

Carlitos.—¡Qué idea tiene usted del atrevimiento!... Es pre-
so que se modernice usted, tío; hay que traer aquí el aire de
era.

Don Emiliano.—Déjame de locuras, muchacho; a mis años ya me transformas tú.

Carlitos.—Yo, quizá, no; pero... alguien que yo me sé...

Don Emiliano.—¿Quieres callar, muchacho?

Carlitos.—Bueno; al avío, ahí tiene usted tres pedidos des-
chaos. He aprovechao el viaje, y le he colocao a usted género Marsella, en Port-Bou y en Barcelona. Mi comisión ya me dará usted cuando se cobre, conque...

Don Emiliano.—¿Pero dónde vas tan de prisa?

Carlitos.—A no perder el tiempo, aquí no hay na que hac
Es mi sistema.

Don Emiliano.—Si tú sentases la cabeza, valer ya vales, Ca
litos..., eres de los míos..., fino, fino de veras...

Carlitos.—El traje..., la corbata... y una miaja de don
gentes...

Emiliano.—Y juventud y talento.

Carlitos.—¿Me va usted a pedir algo?

Don Emiliano.—Nada, muchacho, nada. Vete con Dios, ya q
llevas tanta prisa.

Carlitos.—Voy a darle a la tía un abrazo... Hasta más ver.
y que conste que de estas ventas yo llevo el veinticinco por cien
to. No se olvide.

Don Emiliano.—El veintidós y medio...

Carlitos.—El veinticinco, tío, o le va a trabajar a usted l
hija de Rasputín... (*Inicia el mutis por donde doña Rosario*

Don Emiliano.—Puede que también me regalase corbatit
dándole el veinticinco por ciento. Diablo de muchacho... Ve, v
donde quieras y vuelve a la noche.

Carlitos.—Hasta luego (*Mutis.*)

Don Emiliano.—Hasta luego. En seguida me pongo yo est
(*Don Emiliano se pone a trabajar. En la calle suena un pian
de manubrio. El sol entra en escena. Don Emiliano canta un
canción popular mientras trabaja y entra MERCEDITAS por l
puerta mampara de la calle. Merceditas tiene veinticinco año
es morena, elegante, viste modestamente, pero bien; de luto, na
turalmente; tiene un aspecto mundano de señorita; es alegre
nerviosa, coqueta y muy inteligente.*)

Mercedes.—¿Don Emiliano Díaz?

Don Emiliano.—Adelante... pase, pase usted, señorita. Tom
asiento. ¿Usted dirá lo que desea de mí?

Mercedes.—¿Pero es posible que no me reconozca?

Don Emiliano.—De momento, no caigo.

Mercedes.—Soy Mercedes... Merceditas, la hija de Monleón

Don Emiliano.—¡Merceditas! ¿Pero es posible? ¡Qué trans
formación! Te felicito muchacha. No eres ni sombra. De pequ
ña eras menudita, morenucha, casi fea... Ahora... eres un
mujer, pero de cuerpo entero. ¡Y qué modo de crecer! ¡Sobr
todo los ojos!

Mercedes.—¡Muy galante! ¿De modo que no soy ni sombra

Don Emiliano.—Si eres un sol, ¿cómo vas a serlo?... Ve
aquí, muchacha. Ante todo recibe mi pésame sincero, yo querí

a tu padre como a un hermano. Era un hombre... ¡Un hombre de bien!

MERCEDES.—¡Don Emiliano!... (*Llora.*)

DON EMILIANO.—¡No somos nadie, muchacha! Siéntate aquí. Ahora avisaré a mi mujer. ¡Qué sorpresa se va a llevar Rosario al verte tan..., tan mujer!... Pero no llores, no llores, criatura.

MERCEDES.—¡Es que me parece que fué ayer! ¡Cómo reviven en mi memoria los recuerdos de cuando era niña! Todo está igual en este despacho que hace diez y ocho años; en esta mesa se sentaba mi padre, ése era su sillón... ¡Cuánto trabajó el pobre y con qué poca suerte!

DON EMILIANO.—Bien; hablemos de otras cosas; hablemos de ti. ¿Qué piensas hacer, qué quieres hacer?...

MERCEDES.—No lo sé todavía. ¡Fué tan rápida la enfermedad! Nada había previsto. Vivíamos con lo que daba la agencia que estableció papá en Puerto Rico... Y yo le ayudaba, vivíamos bien; no carecíamos de nada; pero al morir, yo me encontré conque apenas quedaba el dinero justo para hacer frente a las necesidades del momento... Al cabo de unos días, vendí los muebles, quité la casa y regresé a la Habana. De allí fuí a Nueva York, pero era demasiado grande aquello. ¡Me encontraba tan extraña allí! Intenté trabajar inútilmente.

DON EMILIANO.—¿Recibiste noticias de tus tíos? ¿Te ayudaron para volver a España?

MERCEDES.—No; han creído más cómodo seguir ofendidos. He vuelto a España gracias a unas alhajas que vendí... y he vuelto pensando en usted. En usted tengo puestas todas mis esperanzas. Sé la amistad que le unía con mi padre, ¡qué mejor parentesco! Por eso he venido sin consultarle.

DON EMILIANO.—Y en efecto, no te has equivocado. Dicen las gentes que soy rico. Cuanto necesites lo encontrarás en mí.

MERCEDES.—Gracias, don Emiliano, muchas gracias. Yo quiero trabajar, ganarme mi vida y ser independiente, con modestia, claro está, pero honradamente.

DON EMILIANO.—De eso no te preocupes...

MERCEDES.—Yo sé idiomas, escribo a máquina bastante de prisa, un poco de taquigrafía. Puedo ser útil aquí, en su despacho, o si usted sabe de otra cosa mejor.

DON EMILIANO.—Ya hablaremos, ya hablaremos, a una mujer como tú, nunca han de faltarle medios para ganarse la vida. Por lo que observo tienes desparpajo, don de gentes, no en balde has viajado. ¿Por qué no has de triunfar en la vida? Yo

sin reunir tantos méritos logré siempre cuanto me propuse; y eso que ni sé idiomas ni apenas teclear en la máquina, y que en sacándome de la Fuentecilla, me pierdo por Madrid.

MERCEDES.—¿Y no sintió usted deseo de viajar..., de conocer el mundo?

DON EMILIANO.—Jamás tuve tiempo de mirar para fuera.

MERCEDES.—¡Pues es preciso aprovechar la vida! A mí me encanta viajar.

DON EMILIANO.—Ya es un poco tarde para mí, muchacha.

MERCEDES.—¡Tarde! Está usted en el mejor momento. Un viajecito por Europa no le vendría mal.

DON EMILIANO.—No, muchacha; yo soy poco aficionado a viajar...

MERCEDES.—¿Y para qué quiere usted entonces tanto dinero? No tienen ustedes hijos, viven solos; les sobra, según creo, para vivir como príncipes el resto de su vida. ¡Pues hora es ya de descansar y de mirar para uno!

DON EMILIANO.—¡Golpe de vista!... El que mira la vida de los demás como tú acabas de mirar la mía, suele dar en el clavo, como se dice vulgarmente; pero yo soy consciente, muchacha... No es que sea un patán, que cuando hizo falta hacer un buen papel, parece que el instinto, ya que no la cultura, me ayudaron a ello. Pero, nosotros somos muy modestos, muy a la pata la llana, muy costumbristas; a mí me gusta ir siempre a donde siempre... Si vieses lo que me molestan a mí los sitios nuevos; no sabe uno dónde sentarse, ni si hay que dar propinas o no darlas, no le conocen a uno; a mí los camareros que me sirven me conocen ya de toda la vida; en el cine me ven los taquilleros y ya se sabe: la fila diez y seis, el dos y el cuatro; en los toros, soy popular en el tendido. Abonado al uno desde hace quince años... Y en el barrio, ¡no hay quien no sepa quién soy yo!... ¡Así he vivido y así moriré!...

MERCEDES.—Sin conocer el mundo...

DON EMILIANO.—¿Te parece a ti poco mundo este de barrios bajos, de orillas del Manzanares? Cada uno tiene su sistema; yo llevo treinta años viviendo en esta casa y aun no conozco a mi gente, y aun no sé bien todo lo feo y todo lo bonito que es Madrid... ¿Para qué ir a otros sitios?... No merece la pena. Tú que vienes del extranjero se comprende que pienses así. Pa vosotros los que viajáis mucho... ir a Londres, pongo por caso, es como para mí tomar el Metro hasta Cuatro Caminos... De todos modos agradezco tu consejo, hija, naturalmente, de tu buena intención.

MERCEDES.—(*Pausa.*) Es usted talmente como mi padre lo describía... ¡Mi padre le admiraba a usted mucho!

DON EMILIANO.—¿A mí? ¿El, él que era hombre de estudios, y culto, y señorito de cuna?... ¿En qué podía admirarme?...

MERCEDES.—Le ponía siempre como ejemplo... Decía: "Emiliano es un caso de talento natural". Y realmente, es así; se ve en usted una rapidez de pensamiento, un aplomo, una serenidad que encanta.

DON EMILIANO.—¡No hubieses podido decir eso hace veinte años! Son los años, los años los que dan aplomo y serenidad... Si hace veinte me dice a mí una mocita con esos ojos y con esa sonrisa too lo que me estás diciendo tú ahora.... aquí me tenías ya colorao como un tomate y acharao perdío... Yo era muy corto pa las mujeres, y el caso es que mi timidez sin duda les caía en gracia ¡Ahora ya estamos para sopitas y buen vino!...

MERCEDES.—¡No diga usted eso!... Si es usted el mismo, el mismo que yo dejé cuando tenía doce años... Antes lo estaba yo pensando. Un poco más de entradas, un poquitín más grueso. No se enfade por esto... Pero el mismo; en todo... Hasta en el modo de vestir... Los mismos trajes, las mismas camisas, los mismos muebles en este despacho. ¡Parece que no ha pasado el tiempo! ¡Todo igual!...

DON EMILIANO.—¡Todo igual... y en consecuencia, todo pasao de moda, ¿no has querido decir?

MERCEDES.—Don Emiliano...

DON EMILIANO.—Y tienes razón: uno se hace a lo de siempre. Se mira uno al espejo, el día que se mira, y dice uno... Bien, y y bien... Y se ve uno como en el retrato de boda... ¡Pero qué pasaos de moda y qué ridículos están los retratos de boda al cabo de los años! Sin darte cuenta me has dado una lección.

MERCEDES.—No fué ese mi propósito...

DON EMILIANO.—No, no, si te lo agradezco... Me encanta tu sinceridad y tu golpe de vista. Todo esto lo ves hoy; mañana lo verías menos; al cabo de unos meses ni lo verías... ¿De modo que es estúpido no teniendo hijos y teniendo dinero seguir viviendo así? ¿Que es ridículo seguir vistiendo como hace quince años? ¿De modo que estos muebles y esas cortinas son una facha?...

MERCEDES.—¡Don Emiliano!...

DON EMILIANO.—No me había dado cuenta. Te lo aseguro. ¡Se toma buena nota! Pues, mira; yo creo que como un arroz en la Bombi, unas chuletas en Barrionuevo, una corrida de postín, un veguero de los Farias y una "gachí" de mi barrio, no hay nada en el mundo... ¿No estaré yo en lo cierto?

MERCEDES.—No lo sé. Y ahora dígame usted, ¿qué impresió·· le causé yo?... Que esto también debe ser interesante.

DON EMILIANO.—¿Lo que pienso yo respecto a ti?... Pues ya lo dije al verte: que te han crecío los ojos y too lo que debía de crecerte... Y que estás muy bonita, Mercedes... Demasiado bonita. Debemos pensar en lo lógico... ¿Tú fin cuál ha de ser? El matrimonio... Yo sé que tú tendrás muchos pajarillos en esa cabecita, pero... ¿Tienes novio?

MERCEDES.—(*Dudosa.*) No... Yo no... Ni tengo prisa...

DON EMILIANO.—Haces bien en eso; desde hoy tendrás de tod tranquilidad, dinero... De Rosario no hablemos, te recibirá cuan do te vea como a una hija y todo le parecerá poco para ti...

MERCEDES.—Don Emiliano...

DON EMILIANO.—Si quieres un consejo: no te dejes llevar demasiao del postín, del señorío, del afán de toas las mujeres de hoy. ¡Ten calma y el mundo será tuyo!... Escuchar, ya sabes escuchar. Da gusto hablar contigo.

ROSARIO.—(*Entrando.*) Emiliano...

DON EMILIANO.—¡Ah, tú!... Mercedes... ¡Es Mercedes!

ROSARIO.—¡Es posible!... ¡Qué encanto de muchacha!... Ven, déjame que te bese... ¡Qué alegría de verte!... ¡Quién te conoce!

MERCEDES.—¡Doña Rosario!...

DON EMILIANO.—Oye, Rosario...

ROSARIO.—¿Qué, qué quieres?

DON EMILIANO.—Esta se queda en casa.

ROSARIO.—¡Ah, muy bien; ya contaba con ello!... Pasa, pasa por aquí...

DON EMILIANO.—Sí; id, id a casa. Yo luego subiré. Darás órdenes para que te traigan tu equipaje.

MERCEDES.—Muchas gracias, don Emliano. Pero quedarme..., quedarme... la verdad, me parece un abuso. Luego, luego decidiremos.

DON EMILIANO.—Está ya decidido. Por ahora te quedas con nosotros.

MERCEDES.—Hasta luego, hasta luego.

ROSARIO.—Naturalmente, criatura. ¿Dónde vas a ir que más valgas? (*Salen.*)

DON EMILIANO.—(*Solo.*) ¡Esta corbata!... Claro que yo no sé hacerme el nudo. (*Desenvuelve la corbata de Carlos y se quita la suya. Entra ALARCON.*)

ALARCON.—Perdóneme si he tardado. Se empeñó doña Rosario en que tomase café y me entretuve en la cocina con la señora Al-

mudena... Ya he visto a la Merceditas; está preciosa... Cualquiera la conoce.

Don Emiliano.—Oye, ¿tú te haces el nudo de la corbata, verdad?

Alarcon.—(*Extrañado.*) Yo, sí, señor.

Don Emiliano.—¿Quieres hacerme el favor?

Alarcon.—¡Qué corbata tan llamativa, tan estrepitosa!...

Don Emiliano.—Tú que entiendes de modas... Esta corbata es el último grito; el último alarido de la moda. Es preciso también modernizarse ¿entiendes?

Alarcon.—Sí, señor.

Don Emiliano.—No basta con ganar dinero... ¿Qué te creías, que yo no tengo gusto también para gastarlo... y que no me doy cuenta de las cosas?... Estos muebles son una facha..., todo esto huele a antiguo... Es preciso modernizarlo...

Alarcon.—Sí, señor... sí... Cuando usted lo dice...

Don Emiliano.—Naturalmente que lo digo... Cualquiera que venga de fuera, qué pensará de todo esto...

Alarcon.—Yo creo que no está tan mal; es todo confortable y son muebles muy buenos.

Don Emiliano.—Tú no entiendes de eso; no tienes sensibilidad... Compraremos ficheros y llevaremos el archivo a la moderna y los muebles a la moderna... Y... bueno, voy a salir... Si preguntan por mí, que volveré dentro de media hora... Yo sabré demostrarle a mucha gente quién es el Emiliano; hay gentes tan estúpidas que se creen que para tener gusto es preciso haber viajado; haber salido de Madrid; como si aquí no tuviese uno donde tomar nota... ¡En el cine, sin ir más lejos, se ve cada despacho norteamericano y cada "gachó" otoñal de mi edad vistiendo a la moderna!... En fin, hasta luego. (*Coge el sombrero.*)

Alarcon.—Hasta luego.

Don Emiliano.—Si viene alguien atiéndelos tú...

Alarcon.—Descuide usted.

Don Emiliano.—Adiós, ¡y ahora me voy a pelo, pa que vean quién es el Emiliano! (*Deja el sombrero.*)

(*Sale. Alarcón coge unos libros, los guarda en un armario. Entra CARLOS.*)

Alarcon.—Este don Emiliano es que no pierde detalle.

Carlitos.—Hola..., Gumersindo...

Alarcon.—Hola, Carlitos.

Carlitos.—¿Y el tío?

Alarcon.—Salió hace un momento...

CARLOS.—Ya he visto a la Merceditas... Está hecha una "gachí" de bandera.

ALARCON.—Digo... ¡de bandera tricolor!...

CARLITOS.—Bueno, necesito las muestras...

ALARCON.—Baja conmigo al almacén.

CARLITOS.—Dile a mi tío cuando vuelva que me las he llevao.

ALARCON.—Se le dirá.

CARLITOS.—La chica es guapa de veras... Creo que se queda aquí...

ALARCON.—Así parece...

CARLITOS.—Ella sabrá a lo que ha venido.

ALARCON.—Por lo que se ve... ¡A quedarse!

CARLITOS.—¿Y a qué fin?

ALARCON.—Eso... El tiempo lo ha de decir

CARLITOS.—¿Vamos?

ALARCON.—Vamos. (*Salen.*)

MERCEDES.—(*Saliendo.*) No..., no hay nadie... (*Mirando por el balcón.*) Todavía está ahí ése... (*Llamando.*) ¡Chist!... ¿Qué?... No. (*Sale al balcón que está abierto.*) No te entiendo... Sí... Sube un momento, no; por esa puerta...

JAIME.—(*Entra tras una pausa larga.*) ¿Qué decias?

MERCEDES.—Que me quedo aquí definitivamente.

JAIME.—Pero, ¿cómo... a vivir aquí?

MERCEDES.—Claro.

JAIME.—¿A comer y a dormir y?...

MERCEDES.—Y a trabajar también.

JAIME.—¡Si a ti te alegra, allá tú!

MERCEDES.—Por eso no voy a dejar de quererte..., de pensar en ti a todas horas. Tú procura encontrar pronto un modo honrado de ganarte la vida y luego repartiremos las ganancias... ¿Qu'eres?

JAIME.—Tú sabrás...

MERCEDES.—¿Pero te disgusta el que me quede aquí.

JAIME.—No. Disgustarme, ¿por qué? Ni conozco a esta gente, ni sé quien son, ni me importa. Allá tú, ya sabes mi carácter... Me dijiste en Nueva York, ¿ahí al lado?: Me voy a Madrid..., y yo te dije: ¡Vámonos!... Y no a Madrid..., al fin del mundo te hubiese acompañao, aunque hubiese tenío que hacer más de lo que hice... Yo creo que no puedes tener queja de mí... Ahora me dejas en Madrid; y ahí queda eso... ¡Yo me las arreglaré como sea!

MERCEDES.—Pero, Jaime..., qué puedo hacer sino quedarme; si

debías dar gracias a Díos... Si sabes que nos quedan juntando tus ahorros y los míos cien pesetas escasamente.

JAIME.—No me asusta la pobreza.

MERCEDES.—Ni a mí, pero me asustan tus procedimientos para no ser pobre.

JAIME.—Mercedes.

MERCEDES.—Aquí no, Jaime; aquí hay que ser honrados y trabajar y luchar pobremente, si es preciso. Tú has perdido ya la costumbre de respetar la propiedad.

JAIME.—Y me lo dices tú, tú que eres propietaria de esos ojos y de esa boca y de..., de todo lo que vengo respetando desde allende los mares... ¿Qué es lo que tienes tú, chiquilla, que yo que no he respetado nunca nada te he guardado a ti más respeto que a la Virgen del Carmen?

MERCEDES.—Vete, vete, que pueden sorprendernos.

JAIME.—¿Es un pecado que tengas novio?

MERCEDES.—No; pero...

JAIME.—Está bien... Quiere decirse que se acabó tu compañía...

MERCEDES.—Eso no. Nos veremos todos los días. A ver si llevas buena vida y a ver si consigues algo.

JAIME.—Dame un beso.

MERCEDES.—Estás loco...; vete... ¡Pueden vernos!

JAIME.—¿Estás contenta de quedarte aquí?

MERCEDES.—Me han recibido muy bien. He caído de pie, como se suele decir.

JAIME.—¿Me quieres?

MERCEDES.—Sí, pero vete...

JAIME.—Oye... A ver si puedes hacer tú que yo gane algo al amparo de esta gente.

MERCEDES.—Ya hablaremos.

JAIME.—Ya sabes que yo me agarro a un clavo ardiendo.

MERCEDES.—Ahora en España, es preciso que no vuelvas a las andadas. ¿Me lo prometes, Jaime?

JAIME.—Te lo prometo. (*Entra ALARCON sin ser visto.*) Adiós, chiquilla mía. ¿Hasta la tarde?

MERCEDES.—Hasta la tarde... Yo iré por la pensión...

JAIME.—¡Uno sólo!

MERCEDES.—¡No! ¡Adiós! (*Sale.*) (*A Alarcón.*) ¡Ah!... ¿Estaba usted aquí?

ALARCON.—Acabo de entrar.

MERCEDES.—¿Y don Emiliano?

ALARCON.—Salió hace un ratito.

MERCEDES.—Con su permiso.

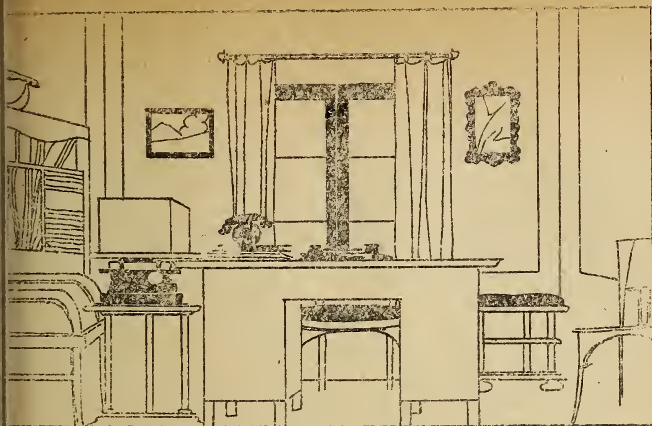
ALARCON.—Usted lo tiene. (*Sale ella.*) Debe de ser el novio... ¡Cualquiera sabe!... ¡Cualquiera se fía de estas niñas de hoy!... (*Se pone a sumar cantidades.*) Cuatro y dos seis... Quince... Veintitrés... Y llevo dos... Y llevo dos... El la quería besar... Y a don Emiliano le ha caído muy bien... Y llevo dos... ¡Esta niña!... ¡Esta niña es la niña de la Bola! Y llevo dos... y llevo dos...

(*La música de un chotis suena castiza en la calle.*)

TELON



ACTO SEGUNDO



La misma decoración del acto primero.

(Han desaparecido los muebles antiguos. En su lugar hay otros ›dernos y de buen gusto con su correspondiente armario, del al se sacan luego flores, etc. En escena doña ROSARIO, MER- :DES y ALARCON.)

Rosario.—¡Dios mío, que trajín; esta criatura es el mismo :onio!

Mercedes.—¡Qué transformación! ¿Eh?

Alarcon.—La verdad es que ya hacía falta cambiar un poco ; muebles. Estaban todos pasados de moda... Sin embargo yo tenía cariño, la verdad.

Mercedes.—Más querrá usted a los nuevos. A usted también iemos que modernizarle.

Alarcon.—Pero, señorita Mercedes, que luego sacan brillo los dos de las americanas y se rozan los puños.

Mercedes.—Pida usted un aumento de sueldo... Se le con- lerá.

Alarcon.—¡Es asombroso! Para ella no hay conflictos.

Mercedes.—Abriremos el balcón... ¡que entre el sol y el ai- !... Hace un día hermosísimo... Esta es su mesa... ¿Le gusta usted, doña Rosario?

ROSARIO.—Los muebles son preciosos, ¡pero qué no habrá costado!...

MERCEDES.—De eso yo no sé nada... Tome usted. (*Saca del armario un gran ramo de flores.*) Estas las traje yo. Quiero que usted las coloque, doña Rosario.

ROSARIO.—¿Así? (*Colocándolas en unos jarrones que Mercedes saca también del armario.*)

MERCEDES.—Sí, así..., así...

ROSARIO.—Estas sobre su mesa...

MERCEDES.—(*Saca de su bolso un retrato con marco de plata.*) Y este retrato de usted también sobre su mesa. Es un pequeño obsequio que yo le hago.

ROSARIO.—Gracias, hija mia. Es precioso el marco.

ALARCON.—Parece esto otra habitación.

MERCEDES.—Luego, si a él no le gusta la colocación, que lo ponga todo como más le agrade.

ROSARIO.—(*Sacando unos pañitos de dentro.*) Estos pañitos. ¿No estarían mejor así?

MERCEDES.—Muy bien, muy bien.

ROSARIO.—Así... Ahora yo os dejo.

MERCEDES.—¿Le gusta a usted de veras?

ROSARIO.—Yo no entiendo de estas cosas. Por eso sin duda no contó Emiliano conmigo para comprarlos; pero sí me parecen de muy buen gusto. Hasta luego. Tengo que dar una vuelta por la cocina, que de eso sí que dice él que entiendo.

MERCEDES.—Hasta luego, doña Rosario. (*Mutis doña Rosario. A Alarcón.*) Si usted fuese tan amable que bajase por unos clavos y por unas escarpias...

ALARCON.—Al instante, señorita Mercedes.

MERCEDES.—Gracias.

ALARCON.—De nada, señorita.

(*Mutis. Mercedes tan pronto sale Alarcón coloca los tapetes de otra forma que los colocó doña Rosario. Arregla todo y saca de un bolsito un perfumador y perfuma la escena. Baja las persianas hasta la mitad y entorna los balcones. Y cae suspirando feliz sobre un butacón.*)

MERCEDES.—"Y la pobre princesa de la boca de rosa...
Quiere ser golondrina...
Quiere ser mariposa...
Tener alas ligeras...
Por el cielo volar..."

(*Suena el teléfono.*) Al habla. ¿Cómo?... ¿Seis mil kilos de hierro y mil de bronce?... Sí... ¿De chatarra? Sí... ¿En la cabecera del Rastro. Conforme. Y tres camiones inutilizados por lo que pese el hierro... Bien; tomo nota. Gracias... Adiós... Adiós...

(*Entra* DON EMILIANO *por el foro. Trae un paquete de bombones en la mano; viste traje azul marino, correctísmo chaleco blanco, sombrero gris, botas de caña muy elegantes. Se ha afeitado las guías del bigote y peina hacia atrás su pelo, más canoso que antes. Usa gafas de concha y guantes amarillos.*)

DON EMILIANO.—¡Me confundí con el piso sin duda!

MERCEDES.—¡Don Emiliano!...

DON EMILIANO.—¡Maravillosa transformación! Esto está elegantísimo. ¡Hasta huele a gran mundo!... ¡Magnífico!... Se ha portado el mueblista..., y tú también... Observo que no falta un detalle. ¡Caramba! Un retrato de mi mujer... A ésta también habrá que modernizarla un poco, porque Rosario es guapa. ¿Verdad tú que es guapa?

MERCEDES.—Ya lo creo. Y tiene una figura muy esbelta.

DON EMILIANO.—¡Es guapa!... Un poquillo fondona ya, pero... Tenemos que meterla en cintura también... Y el caso es que su moño, sus hábitos son un poco pasados; la aviejan, pero a la vez... la hacen tan respetable, tan al margen de las vanidades mundanas... ¡Pobre Rosario!... A ella le contraría un poco todo esto; pero por no disgustarme se calla y nada dice...

MERCEDES.—Al contrario; esas flores las colocó ella; esos tapetes también. Le gusta todo mucho.

DON EMILIANO.—Pero me has cambiado todo... Yo tenía la costumbre de sentarme este lado...

MERCEDES.—Aquí tiene más luz y resulta mejor, ¿no le parece?

DON EMILIANO.—También es verdad eso... Juraría que estoy en una casa extraña, y, sin embargo, es la mía. ¡La verdad es que el dinero proporciona muchas comodidades!... ¡Diantre ¡Quién me ha visto y quién me ve!... Bueno, si se dejase uno llevar por los caprichos, no había dinero en el mundo para realizarlos..., porque tú has hecho este milagro; me has despertado el gusto, me has puesto como vulgarmente se dice... la miel en los labios.

MERCEDES.—¿Y qué ambiciona usted que no tenga?

DON EMILIANO.—¡Oh! ¡Muchas cosas Mercedes! ¡Muchas cosas!

MERCEDES.—¿Y por qué no las compra?

DON EMILIANO.—¡Porque hay cosas que no se venden! (*Pausa. Emiliano se asoma al balcón y vuelve a escena.*) ¡Parece que todo en Madrid tiene hoy luz de primavera! El cielo más azul que nunca. Las calles llenas de mujerío ¡y qué mujeres! Un airecillo tibio que sube del Manzanares y que penetra en los pulmones y parece que los ensancha y los perfuma... ¡Ay Merceditas de mis pecados! Si alguna vez llegas a mis años, y sintiéndote vieja por fuerza, te sientes joven, muy joven por dentro, y sientes la primavera, y el sol y la luz emborrachan tu sangre, despertando en tu cuerpo un deseo de vivir... Ya verás, ya verás, chiquilla, qué pena te da.

MERCEDES.—Está usted muy primaveral...

DON EMILIANO.—Yo no sé lo que ocurrirá en otras partes, pero aquí, Mercedes, en Madrid, la primavera florece en todo... Pasan los días de Semana Santa—que no pasan tampoco inadvertidos—con cada "gachí" que dice uno ¡ole y ole y ole! ¡Mantillas! ¡Claveles! Hasta el olorcillo del incienso de las iglesias me huele a mí a primavera. Y empiezan las corridas de postín... y allá va el Emiliano con su buen veguero... calle Alcalá arriba... y llega un domingo y a comer al campo... En la Moncloa, en la Dehesa de la Villa, y a casa de mi hermano que tiene un jardín y unas rosas que da envidia el verlas... y de vuelta en las jardineras de los tranvías... Y llega uno a casa... y ¡con qué gusto se deja uno caer en una buena butaca!... ¡Ah! (*Se sientan.*)

MERCEDES.—¡Vaya canto a la primavera!

DON EMILIANO.—Yo no soy poeta, ni sé decir lo que siento, pero dentro de mí, en mi alma, no te quepa duda que más que un poeta, y más que muchos hombres de veinticinco años!... En fin, aquí too está cambiao, pero la calle es la misma.

ALARCON.—(*Entrando.*) Las escarpias, los clavos...

DON EMILIANO.—Y éste también es el mismo...

ALARCON.—Buenos, días, don Emiliano.

DON EMILIANO.—¡Hola hombre! Buenos días... Y a propósito; es preciso que te cuides un poco más de tu indumentaria.

ALARCON.—Bien, don Emiliano. Se hará como usted dice.

DON EMILIANO.—¿No tienes ahora nada que hacer?

ALARCON.—Ordenar los papeles. Todo estará revuelto...

DON EMILIANO.—Eso luego lo harás. Ahora toma... vete y cómprate ropa... De moda. ¿Eh? Nada de antiguallas...

ALARCON.—Don Emiliano, ¿pero esto es a cuenta de mi sueldo?

DON EMILIANO.—No, hombre, no; esto lo apuntas en la cuenta del mueblista. Pero procura ponerte a tono. ¿Me comprendes?

ALARCON.—Sí, señor, sí.

DON EMILIANO.—Bien; vámonos nosotros a ver qué dice la parienta... Acompáñame, tú... (*Salen.*)

ALARCON.—¿Para ponerse a tono?... Para ponerme a tono... ¿Qué será ponerme a tono?

ALMUDENA.—(*Entrando.*) ¿Hay licencia?

ALARCON.—Salud, señá Almudena.

ALMUDENA.—Salud, señor Gumersindo.

ALARCON.—Usted cada día más frecachona.

ALMUDENA.—Y usted cada día más apergaminao...

ALARCON.—Planta que no se riega... (*Aparte.*) (¡Ay, si me viera dentro de media hora puesto a tono y... pa qué...)

ALMUDENA.—¿Decía usted?...

ALARCON.—Decía, señora Almudena, que ca día está usted más buena.

ALMUDENA.—Mirao despacio, usted tampoco está de mal ver. ¡Pa un pueblo puede pasar! Lo que estoy viendo que está de primerísima es el despachito. Se ve que don Emiliano gana el dinero como quiere...; ¡vaya muebles y vaya lujo, amigo!...

ALARCON.—Si quiere usted sentarse en estas butacas verá usted cosa buena.

ALMUDENA.—No, no; de ningún modo. Voy adentro un instante.

ALARCON.—A ver cuándo nos enfrentamos usted y yo en Barrionuevo con un cabrito asao y una ensalada de tomate con ilustraciones de escabeche...

ALMUDENA.—¡Ole los hombres haciendo boca!... ¡Es usted el rey de los menuses!

ALARCON.—¡Y usted la reina de las manuses! (*La quiere abrazar.*)

ALMUDENA.—¡Las manuses quietas!

ALARCON.—Usted me está buscando a mí las vueltas...

ALMUDENA.—Pues tire usted por el camino recto... (*Inicia e mutis.*)

ALARCON.—Oiga... No se marche.

ALMUDENA.—Tengo prisa... Hasta luego. (*Hace mutis al interior.*)

ALARCON.—¡Ay, mi madre!... ¡Doscientas cincuenta pesetas para que me ponga a tono!... Yo creo que empiezo a ponerme a tono...

"Una morena y una rubia,
hijas de pueblo de Madrid..." (*Mutis.*)

DON EMILIANO.—(*Saliendo.*) Pues señor, también a mi mujer la metí en el fregao de modernizarnos...

(*Sale MERCEDES tras de él.*)

MERCEDES.—¡Y no le pesará!

DON EMILIANO.—Bien... Ahora, hijita, vamos a despachar la correspondencia, que ya va siendo hora.

MERCEDES.—Encantada... Así... ¿Ve usted?, ahora la máquina está cerca de su mesa y oigo perfectamente todo lo que me dicta.

DON EMILIANO.—(*Dictando.*) Señor don Marcelino Valverde: Muy señor mío: En contestación a su atenta del ocho de los corrientes.

MERCEDES.—Corrientes...

DON EMILIANO.—Tengo el honor de manifestarle...

MERCEDES.—Manifestarle...

DON EMILIANO.—No sé lo que me pasa; pero malditas las ganas que tengo hoy de dictar.

MERCEDES.—Dejémoslo para luego.

DON EMILIANO.—Será mejor. Dejémoslo para luego... Oyeme, chiquilla.

MERCEDES.—Ya le oigo...

DON EMILIANO.—¿Estás contenta en esta casa?

MERCEDES.—Naturalmente.

DON EMILIANO.—¿Eres feliz?

MERCEDES.—Soy feliz.

DON EMILIANO.—¿Del todo?

MERCEDES.—Del todo.

DON EMILIANO.—¡Quién pudiera decir lo mismo!

MERCEDES.—¿Usted no es feliz?

DON EMILIANO.—No lo soy, muchacha.

MERCEDES.—¿Y qué le falta para serlo?

DON EMILIANO.—Yo mismo no lo sé. Hay en mí una inquietud, un no sé qué... que antes no había... Antes me parecía que el tiempo sobraba, que la vida era larga. Ahora tengo constantemente una prisa por todo, un deseo de vivir, de no perder momento, de pasarlo a mi gusto... ¡En poco más de un mes he cambiado tanto que yo mismo no me conozco!

MERCEDES.—Preocupaciones sin importancia.

DON EMILIANO.—(*Mira el retrato de su mujer.*) El perfil de Rosario es perfecto... ¿Tú no has visto el retrato de cuando tenía veinticuatro años?

MERCEDES.—No.

DON EMILIANO.—Ven, míralo... (*Lo enseña.*)

MERCEDES.—¡Qué guapa!... Se peinaba lo mismo que ahora... ¡Qué guapa era!

DON EMILIANO.—¿Qué perfume usas tú?

MERCEDES.—El de siempre. ¿Por qué?

DON EMILIANO.—¡Por nada, porque hueles muy bien!... Pero no debe ser el de siempre. ¿No es eso lo que me echaste ayer en el pañuelo?

MERCEDES.—Sí.

DON EMILIANO.—Eso huele a otra cosa... Debes ser tú misma. (*Pausa.*) ¡Mercedes! (*Dando un golpe en la mesa.*)

MERCEDES.—¿Qué? ¡Me asustó usted!

DON EMILIANO.—Mercedes. No perdamos el tiempo inútilmente.

MERCEDES.—Como usted disponga.

DON EMILIANO.—Hasta luego. Voy al almacén. Contesta tú esas cartas.

MERCEDES.—Hasta luego.

(*Sale Emiliano. Mercedes, sola, escribe; entra a poco JAIME.*)

JAIME.—¿Estás sola?...

MERCEDES.—¡Jaime!...

JAIME.—¿Puedo pasar?

MERCEDES.—Pasa... Entra... ¿Cómo tú por aquí?

JAIME.—Tengo que hablar contigo de algo muy importante.

MERCEDES.—¿Muy importante?

JAIME.—Es un asunto que hay que resolverlo hoy mismo.

MERCEDES.—Tú dirás.

JAIME.—¿Estos son los muebles?

MERCEDES.—Estos... ¿Cobraste la comisión?

JAIME.—Sí; quinientas pesetas; eso y nada...

MERCEDES.—Yo no puedo hacer más; los compraron por consejo mío... Los encargaron donde tú me indicaste; el que tú te llevases esa comisión no me pareció ilícito... Más no he podido hacer...

JAIME.—Sin embargo, no me basta. Debo a la patrona cincuenta duros. He pagado lo otro, pero para salir de apuros y pagarlo todo necesito más de seiscientas pesetas...

MERCEDES.—Si eso es todo, dispón de mi sueldo de este mes y del mes que viene...; yo tengo aquí doscientas pesetas...

JAIME.—No; eso no. Dinero tuyo, no.

MERCEDES.—No seas tonto.

JAIME.—Que no, Mercedes...

MERCEDES.—Está bien; yo se las daré a la patrona.

JAIME.—Es de otra cosa de lo que quiero hablarte. Podemos ser ricos, casarnos, establecer cualquier negocio... Pero es preciso que tú me ayudes.

MERCEDES.—Si está en mi mano...

JAIME.—¿Tú conoces a un tal Espinosa, tratante en hierros?
MERCEDES.—Sí; uno grueso con bigote...
JAIME.—El mismo...
MERCEDES.—Es cliente nuestro...
JAIME.—He trabado con él amistad por una de esas casualidades... Es hombre listo...; si tú nos ayudas le colocamos una remesa ful a don Emiliano..., cien vagones...
MERCEDES.—Continúa...
JAIME.—Espinosa sabe lo que tú eres aquí; si tú le dices a don Emiliano: Esto se hace... ¡Eso se hace!...
MERCEDES.—¡Jaime!...
JAIME.—Don Emiliano suele ver el material casi siempre; pero esta vez..., si tú nos ayudas...
MERCEDES.—Yo no puedo ayudarte a engañar a esta gente...
JAIME.—No seas tonta, Mercedes; esto nos dejaría más de cuarenta mil pesetas... Está en tu mano...
MERCEDES.—¿En mi mano?
JAIME.—Naturalmente. Don Emiliano sé yo que tiene muchos pedidos.
MERCEDES.—Estás tú muy enterado...
JAIME.—Es lo lógico... Espinosa siempre le sirvió material de primera... No puede sospechar de él. Nunca le dió gato por liebre. El negocio puede ser estupendo.
MERCEDES.—¿Y si luego ese material no sirve para nada?
JAIME.—Que haga él lo que nosotros: largarlo a quien se deje.
MERCEDES.—Conmigo no cuentes, Jaime.
JAIME.—¡Mercedes!
MERCEDES.—Tienes pruebas suficientes de mi cariño... Nada me une a ti, afortunadamente, que me obligue a ser tu cómplice... Si quieres continuar hablando conmigo, lo primero ha de ser eso... Que dejes el mal camino, que trabajes y te hagas un hombre de provecho...
JAIME.—Pero... ¿qué te han dado estas gentes para hablar así?...
MERCEDES.—Me han dado su confianza, su respeto, su cariño. Vine aquí a la desesperada, tú lo sabes. Me abrieron los brazos, y nada me ha faltado. ¡Pagarles así, no! Ya lo sabes, Jaime!
JAIME.—¡Está bien! Cuando yo me sacrifiqué por ti todo estaba bueno... Ahora el camino honrado, y el deber y... ¡Está bien! Después de todo me es igual. Al terminar contigo se acabaron las ambiciones y el deseo de tener mucho dinero para ti... Esto es lo que no has sabido agradecer ni comprender siquiera...
MERCEDES.—Vete... Vete, déjame; ya sé que no tiene remedio...

JAIME.—Para ti, sí... Con no volvernos a ver...

MERCEDES.—¿Y si a pesar de todo te quiero?

JAIME.—¡Amos!... ¿Tú qué vas a querer?... Tú eres una mujer fría y calculadora... Necesitabas el hombre que diese la cara, y dijiste: a este primo lo mantendré yo a raya...

MERCEDES.—Ni siquiera sabes agradecer el que has tropezado con una mujer honrada.

JAIME.—Porque no te convenía ser mía...

MERCEDES.—¡Calla, calla!

JAIME.—Ya veremos andando el tiempo...

MERCEDES.—Calla... Eres malo; eres un canalla... No mereces el que yo te haya querido... Vete de aquí, y no vuelvas a verme...

JAIME.—¡Mercedes!

MERCEDES.—¡Canalla! (*Llora.*)

JAIME.—Tú todavía pensarás que la víctima eres tú... Si no te quisiera ya me habría ido... Pero te quiero, ¿lo sabes?... ¡Te quiero!

MERCEDES.—Tú qué vas a querer...

JAIME.—No te enfades... No llores. Haré lo que tú me aconsejes.

MERCEDES.—¡En qué mala hora te conocí!...

JAIME.—Y yo a ti... Ya ves qué vida la mía; viviendo de patrona; solo, sin afectos, sin nadie. Tú, como tienes esta gente que te quieren..., ¡sabe Dios con qué fines!; que de generoso y de bueno no tiene mucha fama el tal don Emiliano...

MERCEDES.—¿Qué has querido decir?

JAIME.—Nada, mujer; no te preocupes. Me vuelvo a la calle... A la calle, como un perro; a esperar a que llegue la hora en que tú vas a verme...

MERCEDES.—¿Por qué no trabajas en algo?

JAIME.—¿En qué?

MERCEDES.—Aquí mismo...

JAIME.—No... Yo sé que tú eres la primera en no sentir lo que dices. ¡Conozco bien la vida!...

MERCEDES.—¿Pero qué estás diciendo?

JAIME.—¿Quieres que no haga lo de Espinosa? Está bien... ¡Vida más triste es la mía!

MERCEDES.—¡Que digas tú eso! Yo estoy siempre alegre y contenta, y con pensar que voy a verte una hora al día me sobra para ser feliz... Eres joven... Tienes mi cariño... Sálvate, Jaime...

JAIME.—Este golpe sería el definitivo...

MERCEDES.—No seas loco...; déjame vivir tranquila, te lo pido por lo que más quieras...

JAIME.—Lo que más quiero eres tú... Poco te importa decirme que me vaya para siempre. ¿Quieres de veras perderme de vista? ¿Quieres de veras que estos ojos no vuelvan a mirarse en los tuyos?...

MERCEDES.—(*Cariñosa.*) Suéltame.

JAIME.—¿Pero me quieres, di?

MERCEDES.—Por mi desgracia... Vete...

JAIME.—Ya me voy... ¿Irás luego?...

MERCEDES.—Iré..., ahora vete..., vete...

JAIME.—Y ¿hablaremos?

MERCEDES.—Sí, hablaremos...

JAIME.—¡Ole!... Bendita sea la Virgen del Carmen... Si to lo que yo tenga va a ser pa ti..., sólo pa ti, chiquilla bonita...

MERCEDES.—Jaime..., vete...

JAIME.—Adiós... (*Sale.*)

MERCEDES.—¡Dios mío!... Yo no debo ayudarle, yo no debo hacer eso. Sería una canallada.

ROSARIO.—(*Entrando.*) ¿Estás sola?

MERCEDES.—Sí.

ROSARIO.—¿Y Emiliano?

MERCEDES.—En el almacén está.

ROSARIO.—No para en casa ni un instante. Quería que me vieras el traje que me han traído.

MERCEDES.—¿Se ha cortado usted el pelo?

ROSARIO.—Se empeñó el Emiliano.

MERCEDES.—Y está muy bien así.

ROSARIO.—Yo no lo sé. ¿Quieres ver el vestido?

MERCEDES.—Vamos.

ALMUDENA.—(*Entra.*) ¿Qué me dice usted, señorita, del peinado que le han hecho a la señora?

MERCEDES.—Que está muy bien, mujer...

ALMUDENA.—¡Lástima de mata de pelo!... Por supuesto, la que está de más en esta casa es una servidora.

ROSARIO.—No. Almudena... Eso no; veinte años llevas peinándome... Seguirás viniendo...

ALMUDENA.—¿Para qué?... Cortao a lo "Manolo" y ondulación permanente... ¡Te digo que esos peluqueros acaban con una!...

ROSARIO.—Pero qué le hemos de hacer... Son los adelantos. Es... la moda...

ALARCON.—(*Entrando.*) ¿Se puede penetrar?

(Viene con un traje gris a cuadros que le está un poco estrecho. Con un clavel en el ojal y con un sombrero canotier y con unos zapatos amarillo naranja; viene, en fin, hecho una verdadera birria.)

ROSARIO.—Gumersindo. ¡Usted!

ALMUDENA.—¡Pero es posible!... ¡Madre mía del alma! ¡Este no es mi Juan, que me lo han cambiao!

MERCEDES.—¿Pero cómo es posible en tan poco tiempo tanta transformación?

ALARCON.—Me metí en los grandes almacenes de la plaza del Progreso..., y dije: Aquí lo compro todo. Traje, ya ven ustedes, parece a la médida... Los zapatos, como yo uso un treinta y siete, me han hecho una rebaja, y por diez y siete pesetas me han dado este par modelo mocito, de piel de Rusia... y que en efecto son de piel de Rusia, porque me están resultando bolcheviquis; ¡me hacen un daño que pa qué! Este sobre todo..., que ni que fuese, no ya de Rusia, sino del estrecho. Pitillera, encendedor, una pluma estilográfica, otra pluma impermeable... Vamos, que por cincuenta duros... ¡Fíjense ustedes cómo vengo!

MERCEDES.—¡Ya, ya lo vemos!

ALARCON.—¿Me he puesto a tono, o no me he puesto a tono?

ALMUDENA.—A mí me parece todo un poco desentonao...

ROSARIO.—Este Gumersindo... En fin, vamos a ver ese vestido, no sea que a mí también me lo hayan hecho como el de Gumersindo. (*Salen.*)

ALMUDENA.—Adiós, hombre ¡fatal!...

ALARCON.—¿Es pitorreo lo de hombre fatal?

ALMUDENA.—Qué ha de serlo, hijo mío. ¡Más fatal ya no cabe! (*Sale.*)

ALARCON.—¡Maldita sea! ¡A que resulta a última hora que estoy hecho una facha!... Quitémonos los zapatos, que éstos, hasta que ensanchen, me van a dar que hacer... ¡Ah! ¡Parece que se ensancha el alma!

DON EMILIANO.—(*Entrando.*) Tú, Gumersindo. Llévate estas cartas a la calle de Serrano; pero volando, ¿eh?, volando.

ALARCON.—Sí, señor, al momento. Volando dice... Eso quisiera yo con tal de no tener que volver a meter los dichosos zapatos...

DON EMILIANO.—¿Pero qué haces? ¡Eh! ¿Pero es que vas a un concurso miss Cabestreros? ¿Qué haces?

ALARCON.—Pues ver las estrellas. Digo..., nada, nada... ¿Serrano número...?

Don Emiliano.—Serrano, ciento noventa y ocho, un poco más allá de donde para el tranvía... ¡Pero de prisa, que es urgente!

Alarcon.—Sí, señor, sí... ¡Uf!... Parece que han mermado.

Don Emiliano.—¡No oyes que de prisa!

Alarcon.—Sí, señor, sí... Volando. (*Sale cojeando.*)

Don Emiliano.—(*Solo.*) Malditos negocios, no le dejan a uno vivir. (*Saca del armarito una botella de coñac y bebe un buen trago. La guarda.*)

Mercedes.—(*Entrando.*) ¿Ya está usted de vuelta?

Don Emiliano.—Sí... Terminé lo que tenía que hacer en el almacén. Voy a ver si en lo que queda de mes dejo arreglao todo lo que hay pendiente y a primeros del próximo puedo irme unos días fuera a descansar, a distraerme, a olvidarlo todo...

Mercedes.—¿A olvidarlo todo?... También se olvidará usted de mi...

Don Emiliano.—De ti es de quien más quiero olvidarme.

Mercedes.—(*Desconcertada.*) Don Emiliano.

Don Emiliano.—Mercedes... ¿Será posible que un hombre de bien, que un hombre cabal, llegue hasta el extremo de dejarse sugestionar por una mujer de tal modo que todo lo demás acabe por parecerle insoportable?...

Mercedes.—No le comprendo a usted...

Don Emiliano.—¿Qué sugestión es la que tú ejerces sobre mí, que me tienes trastornao, dispuesto a las mayores locuras? ¡Porque yo, por verte contenta, por verte a ti feliz, sería capaz de todo! De arruinarme, de perderme, de abandonar esta casa, de olvidarme de todo..., hasta de que soy viejo, un viejo, sí.

Mercedes.—¿Pero qué es lo que dice?... ¿Qué es lo que está diciendo? Me asusta oírle. Nunca me habló usted así.

Don Emiliano.—Porque hasta hoy supe dominarme: por cobardía, por respeto... por timidez... Que desde el primer día que entraste en esta casa has despertado en mí no sé qué extraños sentimientos, que jamás he sentido...

Mercedes.—¿Pero qué es lo que dice?... Cállese, cállese usted, por Dios.

Don Emiliano.—No, no; ya no quiero callarme, prefiero decirte lo que siento por monstrloso y ridícuol que sea, que me desprecies, que te marches o que me perdones... Lo prefiero todo, antes que seguir callando, que es el peor veneno; tú me has envenenao, tu has matao mi tranquilidad.

Mercedes.—¡Eso no es posible!

Don Emiliano.—Lo es... Me he pasao los días y las noches

pensando en ti... Sin poder dormir. He pasao horas y horas de insomnio viéndote, oyéndote como si te tuviese delante de mí. Te contemplaba, te deseaba, te quería..., y así una noche y otra, desde hace mucho tiempo...

MERCEDES.—¡Calle... calle, no puedo oírle!

DON EMILIANO.—Mira; soy rico, es mi única esperanza; es lo único que me atrevo a ofrecerte. Todo mi dinero, todo Mercedes... Todo, a cambio de una sola esperanza...

MERCEDES.—¡Suelteme!... ¡Está usted bebido! ¡No sabe lo que dice!

DON EMILIANO.—Sí, bebí todo el día; todos estos días bebí para olvidarte... Pero hoy pudo más el hombre que el alcohol

MERCEDES.—¡Suélteme! ¡Yo nunca le autoricé para ofenderme así. Yo soy una mujer honrada. Ha olvidado usted que estoy en su casa, recogida por usted...

DON EMILIANO.—Sé que ese cuerpo debe vestir los trajes de más lujo, y que a mi lado podrás vivir como una reina, y sé más: sé que nadie podrá quererte como yo...

MERCEDES.—Calle usted... Déjeme usted... ¡Déjeme!

DON EMILIANO.—Mercedes... Mercedes...

(Cuando él la atenaza por la cintura, ella se rebela y él la tira un poco sobre una mesa intentando besarla en la boca.)

MERCEDES.—¡Suélteme!..., ¡suélteme!..., por Dios.

ROSARIO.—*(Dentro.)* ¡Mercedes! *(Entrando.)* Mer... ¿Cómo? ¡Tú..., Emiliano..., y tú... ¿Qué es esto? ¡Esto no es posible! ¡Me engañan mis ojos...! Esto no puede ser verdad.

EMILIANO.—Rosario...

MERCEDES.—Doña Rosario... Fué él, yo le juro a usted...

ROSARIO.—¡Basta! *(Doña Rosario entró con un traje nuevo muy discreto y elegante y con joyas, etc.)* ¡Vete! ¡Vete de aquí!... ¡Quítate de mi vista! ¡Vete... y tú, quédate! Tienes que hablar conmigo. Tal vez por última vez.

DON EMILIANO.—Rosario...

MERCEDES.—Doña Rosario.

ROSARIO.—Vete he dicho. *(Sale Mercedes.)*

DON EMILIANO.—Rosario...

ROSARIO.—¡Calla! ¡Calla!... No quieras encontrar una mentira, una disculpa a tu conducta. La presentía... Tu traición vivía en el ambiente, en los detalles, en todo. ¡Estos muebles, prueba de tu traición! Este modo tuyo de vestir, traición, Traición todo, hasta el quererme desfigurar a mí... Todo, todo traición. *(Se rompe el traje.)*

Don Emiliano.—Perdóname, perdóname, Rosario...

Rosario.—¡No! Esta vez, no. Hasta hoy perdoné todo, porque jamás me traicionaste con el corazón. Hasta hoy, mil veces me dijeron: "Ahí va tu marido con una, ayer vi al Emiliano con la Fulana..." y nunca, nunca te dije ni un reproche... Sabía que era tu carne la que me traicionaba, y me resignaba, y descendía hasta el perdón. ¿Qué culpa tiene él de ser... tan mujeriego?—pensaba yo—, y todo lo perdoné; pero esto no. Esto no lo perdono; esta vez la traición es más honda, más brutal, más repugnante, porque tu alma, que yo creí siempre mía, se la diste ciego a esa mujer que te desprecia. Vete..., vete con ella...; ella no te querrá... ¡Yo tampoco podré quererte nunca!...

Don Emiliano.—Rosario...

Rosario.—¿Tú sabes, pobre hombre, lo que has hecho? Has hecho que estos ojos que sólo supieron amarte, te vean despreciado por otra mujer a ti, a ti, que eras para mí el único hombre del mundo, el único hombre de la tierra... ¿Tú sabes hasta dónde me humilla a mí ese desprecio?... ¡Vete! ¡Vete de aquí, y procura conquistártela como sea, con tu dinero o con tu propia vida, y si no lo logras, mátala si es preciso!... ¡Todo menos que yo sepa que al hombre que yo quiero con toda mi alma se permite despreciarle otra mujer, sea quien sea y aunque sea muy joven y muy guapa!...

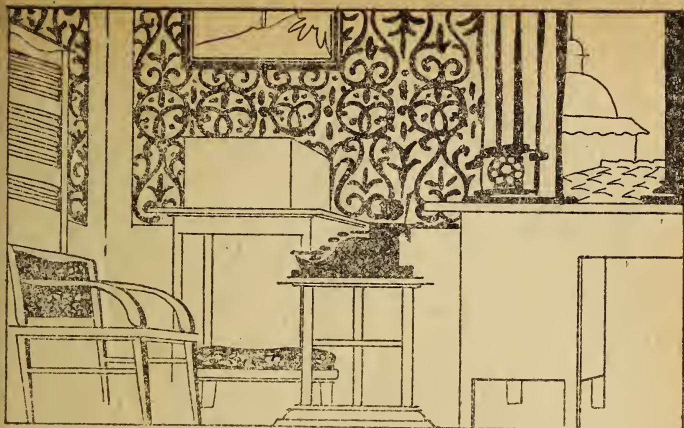
Don Emiliano.—Rosario... ¡He sido un canalla! ¡Un canalla!

Rosario.—No. Hoy me doy cuenta de lo bueno que has sido para mí... No me has querido con amor, con pasión, con ceguera, como yo te quería, nunca, nunca..., y sin embargo... toda tu vida la sacrificaste hasta hoy por esa mentira que me hacía feliz. ¡Aun tengo que darte las gracias!...

Don Emiliano.—¡Eso no es cierto!... ¡Te quise siempre!... Esa mujer me ha trastornao, pero... Quererte a ti..., créemelo, por la gloria de mi madre..., créemelo..., quererte con el corazón a ti, quererte a ti..., quererte a ti.

TELON

ACTO TERCERO



El mismo decorado.

(En escena, al levantarse el telón, ALARCON y ALMUDENA que viene de la calle.)

ALMUDENA.—Buenos días, compadre.

ALARCON.—Buenos los tenga la comadre.

ALMUDENA.—¿Está usted solo?

ALARCON.—Estoy con usted, que es el estado perfecto. Muy madrugadora...

ALMUDENA.—Usted verá: hoy se toma los dichos mi pequeña, por eso vine antes... Se me casa con un chófer...

ALARCON.—Y usted se irá a vivir con ellos.

ALMUDENA.—¡Ay, no señor! El casado casa quiere. Yo en mi portería tan ricamente.

ALARCON.—¿Pero sola?

ALMUDENA.—Más vale estar sola que mal acompañada...

ALARCON.—Eso de mal acompañada... Nunca le faltarían a usted ocasiones, ni hombre donde elegir... Yo mismo, sin ir más lejos...

ALMUDENA.—Quiere usted callar, vejestorio...

ALARCON.—¡Ahí va la tobillera!

ALMUDENA.—Por eso que no lo soy, y que me doy cuenta de mis años, no quiero que ningún chupatintas se pitorree a costa mía.

ALARCON.—Oiga usted, que yo la hablo a usted en serio... A mí me gusta usted hace un porción de años...

ALMUDENA.—¿Y cómo guardó usted tanto tiempo?

ALARCON.—¡Qué quiere que le diga!... Yo soy tímido, hasta que no tomo confianza.

ALMUDENA.—Pero una vez que la toma.

ALARCON.—¡Oh! Una vez que la tomo... (*Le coge una mano.*) ¡Una vez que la tomo no la suelto!

ALMUDENA.—¡Suelte usted, hombre! ¡Pues no faltaba más!

ALARCON —Almudena.

ALMUDENA.—Me llamo...

ALARCON.—¡Yo necesito ya casarme!

ALMUDENA.—¡Mira qué rico, a la vejez viruelas!...

ALARCON.—Almudena, que la hablo a usted en serio... Usted está sola; yo no tengo a nadie...

ALMUDENA.—Pero... usted quiere que yo y usted... ¡Ay, mi abuela!... Gumersindo, sea usted razonable y consecuente... Usted no es mi tipo...

ALARCON.—Hombre, si vamos a eso, usted tampoco es el mío; pero qué quiere usted, señá Almudena, uno se compraría un Rol-Roice, pero a veces se contenta con una camioneta.

ALMUDENA.—¿Me ha llamado usted camioneta?

ALARCON.—No, señora, de ningún modo; claro que yo con usted iría sobre ruedas.

ALMUDENA.—Se iba usted a dar un golpe en un viraje.

ALARCON.—Sería por culpa de las curvas...

ALMUDENA.—Basta ya de bromitas... Yo no quiero que hablemos más en broma. ¿Todo lo que usted me dice va en serio?

ALARCON.—¿Cómo en serio?... De luto...

ALMUDENA.—Usted en serio es incapaz de hacer ni de decir ni tanto así.

ALARCON.—En serio le digo yo a usted...

ALMUDENA.—¿El qué?... Venga... Pero cuidadito con arrepentirse; lo que usted me diga a mí es para hacérmelo bueno.

ALARCON.—Bueno o regular; eso según me salga...

ALMUDENA.—Venga...

ALARCON.—Pues... Pues verá usted, Almudena: yo... usted (*Aparte.*) ¡Ay, mi madre! Que en serio me resulta algo vieja.

ALMUDENA.—¿Decía usted?

ALARCON.—No, nada... (*Aparte.*) (Tiene patas de gallo y la dentadura es postiza...)

ALMUDENA.—¿Qué habla usted entre dientes?

ALARCON.—Nada, nada.

ALMUDENA.—Acabe usted, que tengo prisa...

ALARCON.—Almudena...

ALMUDENA.—(*Almibarada.*) Soy toda oído...

ALARCON.—Almudena... (*Aparte.*) Qué le diría yo que no me comprometiese. Usted..., es decir, yo, yo; antes que la dejen sola... no, después, después que la dejen sola...

DON EMILIANO.—(*Entrando.*) Hola...

ALMUDENA.—Hola...

ALARCON.—Hola, don Emiliano...

DON EMILIANO.—¿Pero qué pasa?... ¿Qué es lo que os sucede? ¿Ocurre algo?...

ALMUDENA.—No, no..., nada... (*Aparte.*) (Este hombre me ha chafado la declaración.) Hasta ahora mismo. (*Sale.*)

ALARCON.—Adiós..., adiós... Gracias, don Emiliano... Gracias. Acaba usted de hacerme el quite de la mariposa. ¡Que me veía ya encunao, don Emiliano! Porque yo, es decir... porque ella...

DON EMILIANO.—¿Dónde está la correspondencia? Déjame ahora de tonterías; la correspondencia... ¿Están despachadas todas las facturas?

ALARCON.—Eso pregúnteselo usted a la señorita Mercedes. ¿Olvida usted que hace dos meses yo no llevo el fichero, ni la correspondencia del extranjero?

DON EMILIANO.—Sí, es verdad; pero no te preocupes, eso debía alegrarte, puesto que no trabajas. Tú lo sientes porque hiere tu amor propio... ¡Pero pronto volverán las aguas a su cauce, hombre!

ALARCON.—¿Qué quiere usted decir con todo eso?

DON EMILIANO.—Algo que te alegrará... Algo que tú deseas desde hace mucho tiempo; porque tú eres también un espíritu vulgar y acomodaticio... Quiero decir que la señorita Mercedes... se va de esta casa tan pronto como queden en orden estas cosas..., tal vez hoy mismo.

ALARCON.—¿Que se va?... ¿Para qué?

DON EMILIANO.—Para no volver más.

ALARCON.—¿Y dónde ha de ir esa atolondrada que más valga?

DON EMILIANO.—¿Pero no es para ti una alegría el que se vaya? ¿No te pasabas la vida suspirando y maldiciendo de tu suerte desde que yo la coloqué en esta oficina? Responde. ¿No te alegras de volver a estar solo?

ALARCON.—No, don Emiliano, no me alegro; yo, aunque usted no lo crea, no tengo ambiciones. Con ella y sin ella yo no pasaré nunca de ser lo que soy; un dependiente leal. Ni tengo capacidad para otra cosa, ni presumo de tenerla. Yo seré su sombra siempre. Pero un engañao, nunca.

DON EMILIANO.—¿Pero qué estás diciendo?

ALARCON.—Que en el fondo lo siento. Esa muchacha había traído a esta casa, no sé..., alegría... Yo no lo sé decir... Si celebro que se vaya es por usted...

DON EMILIANO.—¿Por mí?

ALARCON.—No quiera usted fingir conmigo. O soy su hombre de confianza, o no lo soy.

DON EMILIANO.—Lo eres.

ALARCON.—A usted le ha sorbido el seso la dichosa niña... Y se comprende, don Emiliano. ¡Es tan revoltosa! ¡Y se gasta unas esencias!..., y unas medias color humo..., y que ya sabe usted la canción... "Por el humo se sabe donde está el fuego"...

DON EMILIANO.—Calla, calla, majadero... Siempre fuiste un majadero.

ALARCON.—Y se gasta también una cinturita..., y unos labios tan bien repintados..., y un girar los ojos para acá y para allá..., y... ¡Es mucha niña, don Emiliano! ¡Es mucha niña!... Si se va, viento fresco... Déjela que se vaya; "a enemigo que huye, puente de plata".

DON EMILIANO.—¿Pero, enemigo para quién?

ALARCON.—Para usted mismo. ¿Cree usted que no se advierte la ponzoña que tiene usted dentro? Usted está loco por la niña, y ella lo sabe; y venga bailarle a usted el agua, y hacerle chiribitas y hacerle gastar cuartos en todo, y... ¡sabe Dios a dónde irían ustedes a parar!

DON EMILIANO.—¿A dónde iríamos a parar?... ¡Lo que quiero yo saber es dónde vas a parar tú! ¿Qué es lo que te figuras, di? Mercedes es una señorita, ¿te enteras? Una señorita incapaz de consentir de mí ni la más pequeña de las libertades, ¿me oyes? ¿Me has oído? ¡Parece mentira que tengas tantos años y tan poca pupila!

ALARCON.—Más mentira parece en usted, que tiene más años que yo, y además usa gafas de concha.

DON EMILIANO.—¿Qué es lo que estás diciendo ahí entre dientes? ¡Acaba de una vez! ¿Qué quieres decir? ¿Tú has podido pensar que Mercedes?... ¿Es que no crees por lo visto que existan en el mundo mujeres honradas? ¡Tan honrada como lo fué mi madre, o la tuya!

ALARCON.—Sí, señor; yo sé de una.
DON EMILIANO.—¿Cuál?
ALARCON.—Doña Rosario.
DON EMILIANO.—No hablemos ahora de ella. ¡Esto está descartado!
ALARCON.—Demasiado descartado para usted. ¡Usted es a veces más listo que nadie, y a veces es un crío, un inocente! ¡La señorita Mercedes no es ni mucho menos tan ingenua como usted se figura!
DON EMILIANO.—¿Qué? ¿Por qué dices semejante maldad?
ALARCON.—A nadie se lo diría más que a usted..., y a usted se lo digo porque me da pena verle sufrir y cavilar. Hace ya tiempo que yo... vengo callando algo que debí decirle a usted desde el primer momento.
DON EMILIANO.—Acaba...
ALARCON.—La Merceditas tiene que ver con un hombre.
DON EMILIANO.—¿Con quién?
ALARCON.—Con un tal Jaime.
DON EMILIANO.—¿Y tú cómo lo sabes?
ALARCON.—El mismo día que vino a esta casa, a poco de marcharse usted a la calle, entró él en el despacho, y ahí estuvieron de palique. Yo observé desde esta puerta... y por el modo de hablarse... me atrevo a asegurar...
DON EMILIANO.—Acaba de una vez...
ALARCON.—Que entre ellos reina una intimidad demasiado sospechosa.
DON EMILIANO.—Todo eso son suposiciones tuyas...
ALARCON.—No, señor..., que luego, siempre a espaldas de usted, ha vuelto por aquí repetidas veces; y hace pocos días ella le escribió una carta muy significativa...
DON EMILIANO.—¿Y tú cómo lo sabes?
ALARCON.—Porque doña Rosario la llamó, y la carta quedó ahí, en la máquina... y yo... leí por encima y...
DON EMILIANO.—Acaba... ¿qué decía esa carta?...
ALARCON.—Entre la Merceditas y ese Jaime existe algo que yo no quiero concretar por miedo a equivocarme.
DON EMILIANO.—¿Qué decía la carta?
ALARCON.—Hablaba en ella de dinero..., de cosas pasadas; era una carta como de reproches...
DON EMILIANO.—Y el tal Jaime, ¿dices que ha venido por aquí?
ALARCON.—Más de dos y más de tres veces... Pero siempre aprovecha su ausencia.
DON EMILIANO.—¿No será todo esto una mala interpretación?

ALARCON.—Silencio...
DON EMILIANO.—¿Qué?
ALARCON.—Ella...

(*Entra MERCEDES muy seria y muy triste.*)

MERCEDES.—Buenos días.
DON EMILIANO.—Buenos días...
MERCEDES.—Dentro de unos instantes le entregaré a usted (*por Alarcón*) el fichero y todas las anotaciones que yo hice.
ALARCON.—Cuando usted quiera.
MERCEDES.—La correspondencia está archivada en las carpetas... Dentro de un momento se lo entregaré todo.
DON EMILIANO.—¿Te marchas hoy decididamente?
MERCEDES.—Decididamente.
DON EMILIANO.—¿Puedo serte útil en algo?
MERCEDES.—Ya, en nada.
DON EMILIANO.—Sin embargo, yo podría proporcionarte empleo en otra casa... ayudarte de alguna manera.
MERCEDES.—Gracias; no necesito nada.
DON EMILIANO.—Mercedes...
MERCEDES.—Le suplico a usted que no se preocupe por mí.
DON EMILIANO.—¿Tienes quién se preocupe?
MERCEDES.—¿Qué quiere usted decir?
DON EMILIANO.—¿Jaime sin duda?
MERCEDES.—¿Qué?
DON EMILIANO.—No, nada. Celebraré que te sea muy grata su compañía.
MERCEDES.—¿Quién le dijo a usted?
DON EMILIANO.—Nadie... Yo procuré estar siempre al tanto de las personas que me rodean.
MERCEDES.—En ese caso...
DON EMILIANO.—No te preocupes por eso. Si alguna vez me necesitas, no dejes de recurrir a mí.
MERCEDES.—Gracias.
DON EMILIANO.—Con tu permiso... Quedé en bajar un momento al almacén. Supongo que aguardarás a que yo regrese, para decirme adiós.
MERCEDES.—Aquí estaré hasta dentro de media hora.
DON EMILIANO.—Hasta luego.
MERCEDES.—Hasta luego.

(*Pausa. Merceditas arregla sus cosas y, por fin, rompe a llorar en silencio.*)

ALARCON.—Señorita, ¿qué le sucede?

MERCEDES.—Nada.

ALARCON.—No llore.

MERCEDES.—No lloro. Déjeme.

ALARCON.—¡Si usted supiese cómo la llamaba yo!...

MERCEDES.—¿Cómo?

ALARCON.—La llamaba "La Niña de la Bola", que quiere decir la niña de la suerte.

MERCEDES.—¿La niña de la suerte yo?

ALARCON.—¡Quién sabe, señorita! La vida es larga. ¡Quién sabe! Con su permiso... Voy a desayunar al café de aquí abajo. ¿Quiere usted que le suban alguna cosa?

MERCEDES.—Gracias.

ALARCON.—En seguida vuelvo.

(*Sale. Mercedes sola termina de arreglar unos papeles.*)

ROSARIO.—(*Entrando.*) Buenos días.

MERCEDES.—Buenos días.

ROSARIO.—¿No está Emiliano?

MERCEDES.—Bajó al almacén; ¿quiere usted que le avise?

ROSARIO.—No, déjalo... ¿Cuándo te marchas tú?

MERCEDES.—Dentro de un momento; estoy terminando de arreglar estas notas para entregárselo todo a Gumersindo.

ROSARIO.—¿Y a dónde vas?

MERCEDES.—No lo sé todavía...

ROSARIO.—Que tengas más suerte que aquí, es lo que te deseo.

MERCEDES.—Doña Rosario...

ROSARIO.—¿Tienes dinero?

MERCEDES.—Sí.

ROSARIO.—Si necesitas más, pídeme lo que quieras.

MERCEDES.—Gracias.

ROSARIO.—Si alguna vez te ves apurada, enferma, escríbeme a mí, ¿entiendes? ¡A mí! Mientras yo viva, nada ha de faltarte.

MERCEDES.—Doña Rosario, es usted muy buena.

ROSARIO.—No llores, mujer...

MERCEDES.—Yo le juro a usted...

ROSARIO.—No es preciso que jures... Te creo sin que hagas juramentos.

MERCEDES.—Yo no he tenido la culpa de nada; yo no le di motivo, fué él, fué su marido quien...

ROSARIO.—De eso te suplico que no me hables...

MERCEDES.—Es que sin duda usted cree algo que no es cierto; algo que me ofende... y que no debo permitir que siga usted pensando.

Rosario.—Yo nada creo... Es decir, sí creo una sola cosa.. Creo que tu presencia en esta casa lo ha trastornado todo, lo h envenenado todo. Puede que tú no seas culpable del mal que hiciste, pero lo indudable es eso, que hiciste mal.

Mercedes.—Pero, ¿qué hice yo? ¿Qué hice yo, doña Rosario Eso es lo que quiero saber, ¿qué hice yo?... ¿Por qué razón habiendo procedido rectamente, me veo precisada a marcharme d esta casa humillada, avergonzada, como si en realidad hubier cometido algún delito?... ¿Fué un delito ser amable y alegr con todos ustedes? ¿Fué un pecado mostrar, exteriorizar mi gratitud? ¿Fué un crimen tratar de variar las costumbres de est casa? ¡No!, ¿verdad? ¡Pues todo eso fué lo que hice yo! ¡E injusta la actitud de usted! ¡Yo no merezco todo esto! (*Llora.*

Rosario.—No se trata de merecer. Tú nada hiciste, pero l cierto es que desde que llegaste lo has cambiado todo. Hicist de mi marido un juguete de tus caprichos, le diste pie para qu llegase hasta donde llegó.

Mercedes.—Doña Rosario, eso es una infamia.

Rosario.—Consciente o no, alentaste en él una ilusión inmensa Yo nada te reprocho, sólo te digo eso: que en esta casa no puedes estar ni un día más... ¡Es mi casa, mi hogar, y debo defenderlo! Si él fuese joven y tú le quisieras como le quiero yo... sería yo quien se marcharía... Ahora eres tú quien debe apartarse de su lado. No creas que te lo pido por mí. ¡Te lo pido por él! De primera intención, no me dolió su engaño, ni me hizo sufrir el verle agarrado a tus brazos intentando besarte, no. Me dolió tu desvío, tu repulsión, tu negativa... Hubiese preferido saber que correspondías a sus deseos... Me di cuenta de todo no creas que me cegaron los celos... Tuve la tranquilidad suficiente para comprender que era él, de él de donde brotaba la traición, que tú no eras culpable, que tú eras en aquel instante víctima de su ceguera. Pero fuese como fuese, ¡la causa eras tú!..

Mercedes.—Doña Rosario...

Rosario.—Después, te odié, te odié con toda mi alma, porque tú has sido la única mujer que ha despreciado al hombre que yo más he querido... Más tarde, la reflexión vino de nuevo a mí.. y me di cuenta de todo: de tu situación, de lo que significaba para ti todo esto; tus ilusiones rotas, tu porvenir deshecho... todo, todo lo comprendí... Pero es inevitable... Pídeme a mí lo que quieras, no he de negarte nada...; pero no vuelvas nunca, nunca a ver a Emiliano. Ya lo sabes, Mercedes.

Mercedes.—Ya lo sé. Usted no me guarda rencor.

Rosario.—Te mentiría si te dijese que no; te guardo un pro-

fundo rencor; hasta ayer nunca me di cuenta de mi vejez; de mi falta de alegría. Ayer, por primera vez en mi vida, me parecí despreciable a mí misma, porque sin poderlo evitar, tuve la ridícula idea de compararme contigo.

Mercedes.—Doña Rosario...

Rosario.—Esto no quita para que sea razonable. Lo que en ti es... el modo de ser de las muchachas de hoy, aquí, en esta casa, ante los ojos de mi pobre Emiliano, es coquetería; las miradas llenas de picardía, graciosa e inconsciente, para él son promesas... La familiaridad elegante—lo digo sin segunda—con que tú tratas a las gentes, desentonan con el recato de los nuestros, seres humildes y vulgares: tus pensamientos, tus conversaciones, tu modo de sentarte, de reír... ¡Todo, todo en él fué confusión! Le deslumbró tu aire moderno, tu coquetería, ¡sí, Mercedes, coqueterías! ¡Discúlpame! Yo te lo pido... El no pudo ofenderte ni ofenderse... Había bebido, fué todo como una ráfaga de locura... Perdónale... y, sobre todo, olvida aquel momento; ten piedad de su vejez, no encuentres ridículo su modo de proceder contigo... (*Llorando.*) Discúlpalo, Mercedes... Discúlpalo... El es ya un viejo; pero es tan fácil olvidarse de esto...

Mercedes.—Es usted una santa; no merece usted que le haga sufrir así. (*Llama al teléfono.*) Al habla... Mercedes... Sí... La mecanógrafa... Sí... ¿Cómo?... ¡Ah! Sí... El señor Espinosa. ¿La nota de los cien vagones? Sí, sí..., ya la hemos recibido, sí. Todavía no lo ha examinado don Emiliano. Sí... ¡Tan pronto como llegue! Adiós.

Don Emiliano.—(*Entrando.*) ¡Ah! ¡Estás tú aquí! Me alegro. Siguiendo un consejo que me dió Mercedes..., he decidido que hagamos un viaje. A primero de mes podemos realizarlo... Pasaremos varios meses recorriendo Europa. Hoy he pedido proyectos de itinerarios.

Rosario.—¡Si ese es tu gusto!

Don Emiliano.—Sí... Ese es mi gusto.

Rosario.—Pues lo que tú quieras. Te dejo ahora. ¿Entrarás a decirme adiós, Mercedes?

Mercedes.—Sí, entraré.

Rosario.—Hasta luego entonces. (*Mutis.*)

Mercedes.—Don Emiliano...

Don Emiliano.—¿Qué?

Mercedes.—Enviaron estas proposiciones de compra.

Don Emiliano.—¿Y qué?

Mercedes.—Yo quisiera advertirle.

Don Emiliano.—Tú dirás.

MERCEDES.—Se trata de un "affer".
DON EMILIANO.—¿Cómo?
MERCEDES.—Un timo... No se fíe usted de ese Espinosa... ni de su socio.
DON EMILIANO.—¿Y su socio, quién es?
MERCEDES.—Mi novio.
DON EMILIANO.—¿Qué?... ¿Tu novio has dicho? No te comprendo bien.
MERCEDES.—Jaime y yo nos conocimos hace dos años en América y nos hicimos novios. El entonces era empleado en un banco... Un día faltó dinero en una caja y le echaron la culpa. Se vió en la calle y... las malas compañías... Pero yo seguía queriéndole... Quería salvarle con mi cariño.
DON EMILIANO.—¿Y por qué me ocultaste todo esto el día que llegaste a esta casa?
MERCEDES.—No lo sé... ¿Para qué había de hablar de ello?... Esperaba que él fuese algo, alguien, aquí en España. El me había prometido trabajar y hacerse un hombre de provecho... ¿Para qué le iba a hablar a usted de él?... Al decirle... tengo un novio, usted me habría preguntado..., ¿y qué es tu novio?... ¿Cómo podía responderle?...
DON EMILIANO.—Mercedes... ¿Es que acaso tu novio?...
MERCEDES.—Sí, señor; vive al margen de la ley... Expuesto a que el mejor día lo pillen y yo lo pierda para siempre... Y él no es malo. No, señor; no lo es... Fueron los amigos; después... No sé... Nadie le dió la mano... ¿Qué iba él a hacer?...
DON EMILIANO.—Le disculpas...
MERCEDES.—No, eso, no; al contrario. yo me opuse siempre a sus procedimientos... Ahora estoy denunciándole.
DON EMILIANO.—¿Denunciándole?
MERCEDES.—Sí, señor...
DON EMILIANO.—¿Pero qué estás diciendo? Háblame claramente, te lo ruego.
MERCEDES.—Ahora no sé si hago bien en traicionarle a él, pero yo sé que usted no le hará ningún mal...; él se negó a oír mis consejos... Voy a irme de esta casa para siempre... y no me perdonaría una deslealtad. No me perdonaría el que por mi culpa le engañasen a usted.
DON EMILIANO.—Habla, mujer, ¿qué es ello?
MERCEDES.—Jaime vino a España conmigo. Cuando llegamos a Madrid él se hospedó en una fonda y yo vine a esta casa; Jaime tuvo poca fortuna en sus negocios. Conoció a Espinosa..., hablaron... Jaime quería aprovechar mi presencia en su casa para

venderle a usted una importante remesa en malas condiciones; me pidió que yo le ayudase, que fuese su cómplice en el engaño, y yo me negué... Entonces él se valió de otros medios, y hoy le traerán *informes favorables* del estado de las mercancías. No se fíe de nada...

Don Emiliano.—Gracias, Mercedes, muchas gracias.

Mercedes.—Voy a despedirme de doña Rosario. Ahora estarán al llegar; lo dijeron por teléfono... Sea indulgente para Jaime; no le hará ningún daño... Es lo único que le pido... ¡Yo le quiero con toda mi alma!...

Don Emiliano.—Y sin embargo me lo has descubierto como un estafador...

Mercedes.—Yo no podía permitir que a usted le engañaran...

Don Emiliano.—Gracias, mujer... Lo que acabas de hacer es casi inexplicable.

Mercedes.—No merece la pena; no he hecho sino lo que hice siempre: proceder honradamente. Una sola vez en mi vida procedí de otro modo, y bien caro lo he pagado; ya siempre irá mi destino unido al de ese hombre, porque yo no seré nunca de nadie; de nadie más que suya... Con su permiso, don Emiliano.

Don Emiliano.—Perdóname, Mercedes...

Mercedes.—¿De qué?... Con su permiso. (*Sale.*)

(*Don Emiliano mira los paples que le dió Mercedes y entran ESPINOSA y JAIME.*)

Espinosa.—¿Se puede?

Don Emiliano.—Adelante, adelante.

Jaime.—¡Buenos días!

Espinosa.—El señor don Jaime Hernández, mi nuevo socio..., un hallazgo, don Emiliano. Don Emiliano González, el hombre que más sabe de negocios y el negociante que más sabe de hombres.

Don Emiliano.—Procuraré hacer buenas tus palabras... Pero siéntense ustedes... Están ustedes en su casa.

Espinosa.—Gracias.

Jaime.—Gracias.

Espinosa.—Un cigarrito.

Don Emiliano.—Gracias, no fumo entre horas.

Espinosa.—Bueno, don Emiliano; usted siempre tan saludable.

Don Emiliano.—Sí; no hay queja. Ustedes me dirán.

Espinosa.—Mi socio y yo hemos hecho un asunto en Barcelona. Buen asunto por cierto; nos hemos quedado con cien va-

gones de la mercancía de siempre; pero... bien... Buen género... ¡Buen material, don Emiliano!

Don Emiliano.—Conformes. Lo celebro...

Espinosa.—Le enviamos a usted una proposición y acompañamos una garantía, la opinión de sus agentes; lo hicimos todo de una vez, porque nos urge, y para ganar tiempo... Yo quisiera volver a Barcelona cuanto antes porque allí tengo otros asuntejos... ¡Que va uno prosperando! Lo que pasa, don Emiliano; no siempre se van a regatear cincuenta pesetas. Ahora se trata de cien vagones; usted puede duplicar el dinero en unas horas...

Don Emiliano.—Perfectamente... Pues, pues... hecho.

Espinosa.—¿Hecho?

Don Emiliano.—¡Ni que decir tiene, hombre!... Baja tú a la estación, tráeme muestra aprisa, que yo, a mi vez, tengo un buen comprador..., y aquí tu socio ultimará conmigo, firmaremos las pólizas..., y a la tarde..., a eso de las cinco, vuelves tú por aquí... y ya ajustaremos cuentas tú y yo...

Espinosa.—Don Emiliano, ¡ole ahí los hombres!...; uno con otro a mil pesetas vagón, los precios convenidos, no creo que tengamos que regatear.

Don Emiliano.—De ninguna manera.

Espinosa.—Encantado entonces; y para que vea usted quien soy yo..., usted no me ha rebajado nada, y yo en cambio le rebajo a usted... Quita mil pesetas del total, que es un obsequio que yo quiero hacerle a don Emiliano.

Don Emiliano.—Agradecidísimo.

Espinosa.—¡Ya sabe que me manda!

Don Emiliano.—Ni que hablar, Espinosa.

Espinosa.—Hasta la tarde entonces.

Don Emiliano.—Hasta la tarde. No dejes de remitir las muestras inmediatamente.

Espinosa.—Antes de media hora las tiene usted en su poder. Hasta luego. (*Mutis.*)

Don Emiliano.—Hasta luego. Siéntese.

Jaime.—De modo que entonces usted y yo vamos a terminar de liquidar este negocio.

Don Emiliano.—Usted y yo, simpático joven. Además de este negocio tenemos una cuentecita pendiente, y ésa es la que vamos a saldar, pero que ahora mismo...

Jaime.—¿Qué quiere usted decir?

Don Emiliano.—Quiero decir que no le llevo a usted a la cárcel porque no tengo gana.

Jaime.—Mida usted sus palabras.

DON EMILIANO.—Usted se calla y me escucha a mí, porque como intente usted moverse le dejo seco ahí mismo, sin darle tiempo a salir corriendo.

JAIME.—Pero...

DON EMILIANO.—Silencio. Usted creía sin duda que era muy fácil unirse a un pillo como ése y venir a este despacho a burlarse de mí y a estafarme valiéndose de engaños; usted se creía que comprando a mis agentes ya estaba todo resuelto...

JAIME.—¿Quién nos ha traicionado? ¿Mercedes acaso?

DON EMILIANO.—¿Qué está usted diciendo? Esta misma mañana estaba yo en la estación y pude comprobar por mis propios ojos la supercheria de que ustedes querían hacerme víctima... Ahora..., óigame bien, amigo... Yo podría perderle a usted para siempre, y, sin embargo, ya ve usted qué extraño, prefiero hacerle hombre.

JAIME.—¿Hacerme hombre a mí?

DON EMILIANO.—Mercedes sale hoy de esta casa para unirse de nuevo con usted, para siempre; y en concreto...

JAIME.—En concreto: que se ha cansado usted de mantenerla y de pagarla un sueldo, ¿no es eso?... ¡Ya me parecía a mí demasiada generosidad!

DON EMILIANO.—No olvide usted que puedo perderle...

JAIME.—A mí, no... Todo este asunto es de Espinosa, él es quien lo firmó todo; no encontraría usted pruebas contra mí.

DON EMILIANO.—Me bastan las que poseo para castigarle si quisiera; pero no es ese mi propósito. Tranquilícese y baje el tono, que está usted hablando con un hombre. Yo quiero hacer feliz a Mercedes, porque no en balde su padre fué quien fué... Podría darle a usted de una vez todo lo que estoy dispuesto a tirar a la calle, ¡todo lo que no le doy a ella porque se negaría a recibirlo, porque ella tiene un sentido muy exacto de la dignidad!...; pero como no me fío de usted, ni de lo que usted pueda quererla..., prefiero hacer las cosas con calma...

JAIME.—¿Qué quiere usted decir?

DON EMILIANO.—Le nombro a usted agente mío con un sueldo de mil pesetas mensuales..., sueldo que escasamente producirá el rendimiento que usted me proporcione..., y por lo pronto, como regalo de boda, le entregaré a usted al día siguiente, o el mismo día de la boda con Mercedes..., cincuenta mil pesetas..., la cifra exacta que usted quería timarme... ¿Estamos?

JAIME.—Yo no comprendo todo esto.

DON EMILIANO.—¿Acepta usted mi proposición?

JAIME.—¿Pero esto no es una burla como lo de Espinosa?

Don Emiliano.—Vayan por delante como garantía estos cinco billetes.

Jaime.—Pero...

Don Emiliano.—Silencio... A buscar un pisito..., a arreglar los papeles..., y a casarse tocan...; ¿estamos o no estamos?

Jaime.—Un momento, don Emiliano. Antes de coger este dinero quiero aclarar una cosa: la vida me ha enseñado a no creer en estas generosidades... ¿Por qué tanta bondad? ¿Qué misterio es éste?... ¿Qué interés le guía a usted para en vez de pagarme como me merezco hacer lo que hace?

Don Emiliano.—Para hacer el bien no es preciso explicarlo...; lo hago porque quiero.

Jaime.—Y yo no lo acepto si, como supongo, se trata de...

Don Emiliano.—¿De qué?...

Jaime.—¿Qué ha pretendido usted de Mercedes?

Don Emiliano.—Mercedes es una santa, y usted un miserable si duda de ella.

Jaime.—No dudo de ella, sino de usted.

Don Emiliano.—¿Y qué puede a usted importarle de mí ni de mis sentimientos?; yo soy viejo, usted joven...; ella a mí me respeta, a usted le quiere... ¿Es que yo no tengo derecho a comprar su felicidad?

Jaime.—¿Por qué se interesa usted tanto por ella?

Don Emiliano.—Porque quiero...

Jaime.—¿Con qué intención?...

Don Emiliano.—Ya, con ninguna...

Jaime.—¿Y antes?

Don Emiliano.—Eso, ¿a usted qué le importa.... Supóngase lo que quiera, incluso eso..., que me cegué por ella, que me enamoró con su gracia..., ¿y qué? ¡Si ella no será nunca de nadie más que suya! Pero yo quiero hacerla feliz. ¿Es que esto es un pecado?

Jaime.—Don Emiliano...

Don Emiliano.—Me alegro que se haya usted dado cuenta... Coja usted ese dinero y no sea niño; si se tratase de pagar algo con él... no se lo ofrecería a usted...; se trata simplemente... de hacer bien.

Jaime.—Gracias, don Emiliano...

Don Emiliano.—Esta casa es la suya... ¿Vendrá usted desde mañana?

Jaime.—Estoy a sus órdenes.

Don Emiliano.—Pues hasta mañana...

JAIME.—Hasta mañana, don Emiliano... Y muchas gracias por ella... y por mí... (*Sale.*)

DON EMILIANO.—(*Solo.*) ¡Qué le vamos a hacer!

ALARCON.—(*Entrando.*) Me encontré con Espinosa, don Emiliano; está loco de contento, me convidó a café...; dijo que iba a la estación, que le había vendido a usted cien vagones. ¿No estará hecha la compra en firme?

DON EMILIANO.—No... ¿Por qué?

ALARCON.—Porque yo creo que ese Espinosa no es de fiar... A mí en más de una ocasión quiso sobornarme; ahora se trata de cien vagones; es mucho dinero, mejor será que los veamos antes; ahora, sin más ni más, me dió cien pesetas...

DON EMILIANO.—¿Y tú que hiciste?

ALARCON.—Cogerlas.

DON EMILIANO.—¡Bien hecho!

MERCEDES.—(*Entrando.*) Ya me marcho, don Emiliano.

DON EMILIANO.—¡Pues ve con Dios!

MERCEDES.—¡Que sigan teniendo suerte en los negocios y mucha salud!

DON EMILIANO.—¡Eso es lo que hace falta!

MERCEDES.—Adiós, Gumersindo... Hasta cuando nos veamos.

ALARCON.—Adiós, señorita Mercedes..., hasta cuando usted quiera...

MERCEDES.—Adiós, doña Rosario.

ROSARIO.—Adiós, Mercedes.

DON EMILIANO.—Adiós, muchacha, adiós.

MERCEDES.—Muchas gracias por todo.

ROSARIO.—No hay de qué darlas.

MERCEDES.—¿Me permite usted que le bese la mano?

ROSARIO.—(*Abrazándola.*) ¡Hija!... No lo olvides..., mientras yo viva no te faltará nada...

MERCEDES.—Adiós.

ROSARIO.—Adiós...

DON EMILIANO.—Adiós...

(*Sale.*)

ROSARIO.—¡Ya se fué para siempre!...

DON EMILIANO.—Ya se fué para siempre.

ROSARIO.—¿No lo dices con pena?

DON EMILIANO.—No; sin saber por qué, hoy siento alegría, una alegría que me hace mucho bien...

ROSARIO.—¡Qué será de ella!

DON EMILIANO.—Será feliz...

ROSARIO.—Emiliano...

DON EMILIANO.—¡Rosario, viejecita mía! ¡Nosotros también tenemos que ser felices! ¡Verás; verás qué viaje vamos a hacer!... Ven..., mira..., París..., Holanda..., Amsterdam..., Montecarlo...

ROSARIO.—Emiliano...

DON EMILIANO.—Rosario...

ALARCON.—Mil, mil quinientas, dos mil setecientas cincuenta... suma total..., suma total. ¿Pero qué me pasa a mí en las gafas que no acabo de ver?... ¡Naturalmente, como que están mojadas!

TELON



LA FARSA

publicará en el próximo número

EL TIO CATORCE

gran éxito cómico de

PEDRO PEREZ FERNANDEZ

TEATRO ESCOGIDO

CARLOS ARNICHES

Tomo Primero

La chica del gato.

El señor Adrián, el primo, o qué malo es ser bueno

Las estrellas.

PRÓLOGO DE JOSE CARNER.

Tomo Segundo

Es mi hombre.

La señorita de Trevelez.

Los milagros del jornal.

PRÓLOGO DE RAMON PEREZ DE AYALA.

EDITORIAL ESTAMPA
Paseo de S. Vicente, 18
MADRID

RIVADENEYRA (S. A.).—MADRID